

MUERE UNA HIPPIE



RALPH BARBY

SS SERVICIO SECRETO



RALPH BARBY

MUERE UNA «HIPPIE»

Colección **SERVICIO SECRETO** N.º 1004
Publicación semanal
Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA S.A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 35.368 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1969

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:
547 — La charca del sapo.
En Colección KANSAS:
592— ¡No más linchamientos!
En Colección CALIFORNIA:
677 — Satán vive en Hilton Peek.
En Colección BRAVO OESTE:
433 — Manantial de sangre.
En Colección SERVICIO SECRETO:
999 — El rey de los narcóticos.
En Colección SALVAJE TEXAS:
693 — Nace un Texas-ranger.
En Colección PUNTO ROJO:
375 — Diamantes indigestos.
En Colección ASES DEL OESTE:
541 — «Taged».
En Colección BISONTE:
1.106 — El futuro no es de los cobardes.
En Colección BÚFALO:
779 — Las manos sucias de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

Acercó el cigarrillo a sus labios y aspiró el humo. Luego, lo expulsó con calma; no tenía prisa.

Don Coldman, redactor de un importante semanario de Nueva York, permanecía sentado en una butaca frente a un escritorio perteneciente a las oficinas de la comisaría general en Los Ángeles.

Aguardaba ser recibido por el capitán Charles Wilson, brazo derecho del comisionado Spellman.

Coldman pensaba que debía obtener un buen reportaje, un reportaje que revalorizara su nombre, ya que su redactor jefe le abrumaba con la cancioncilla de que sus artículos no interesaban demasiado.

«Desde que le dijeron que su esposa Melisa no me quita los ojos de encima, es él quien quiere quitárseme de encima con el cuento de que mis artículos carecen de garra. Si el semanario se vende es por mí», pensó mientras seguía fumando en espera de ser recibido.

En derredor suyo, las máquinas de escribir no cesaban. Agentes de paisano, de uniforme, personal civil, había un ajetreo digno de una rica colmena.

No podía decirse que en el edificio de la comisaría general que coordinaba todas las estaciones de policía de la populosa y extensísima ciudad hubiera paz y tranquilidad.

Todo el mundo se movía, con las manos o caminando de un lado para otro. Sólo había un hombre quieto, y este era él, pero Don Coldman no era parte de la policía, ni siquiera residía en Los Ángeles.

Allí, según Coldman, solo era un moscón que había que sacarse de encima y la primera táctica era hacerle esperar cuanto hiciera falta para aburrirlo y que se largara por dónde había venido. El propio capitán Wilson, si hacía tal cosa, tendría el gustazo de pagarle el viaje en avión. En primera, naturalmente. Don Colman no podía aceptar menos.

Distrajeron sus pensamientos la visión de unas piernas perfectas,

de tobillos elegantes dignos de un pura sangre.

«Demasiado larga la falda», se dijo.

Don Coldman podía considerarse un experto en piernas femeninas. Hasta había tenido el atrevimiento de pintar un cuadro de piernas, muchas piernas. Diez dólares le habían pagado por él, ni siquiera había cubierto el coste de la pintura y la tela. Decididamente, su profesión no era el arte del pincel.

La mujer era alta, algo delgada, de pronunciadas caderas.

El rostro agradable estaba enmarcado por un cabello dorado, largo y lacio con fleco, pero algo se encontraba a faltar en aquella cara, quizá una sonrisa.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó, deteniéndose tras la mesa escritorio.

Don Coldman, que pese a estar cómodamente sentado se veía alto y bien vestido, pese al atuendo deportivo, cerró los ojos y los volvió a abrir para mirar a la chica que, inopinadamente, se había enfrentado con él.

—¿Es a mí, encanto?

Ella lo observó, buscando la ironía y el cinismo en las pupilas gris-azuladas de aquel hombre que, en contraste, tenía el cabello cobrizo y las cejas negras y espesas.

—Bueno, hay mucha gente en estas oficinas, pero creo que es usted y no otro quien está sentado en mi mesa.

—No me diga que esta es su mesa-despacho...

—Pues sí se lo digo, y no me parece que usted sea de la plantilla policial; no le conozco.

—Claro, claro, si no podía ser de otra forma... Usted es de la policía.

—¿Por qué no podía ser de otra forma?

—Por la falda.

—¿Qué le ocurre a mí falda? —preguntó, esbozando un mohín de enfado que amenazaba tormenta.

—Entre seis y diez pulgadas demasiado larga.

La *police-woman,* queriendo demostrar aguante, cruzó sus brazos bajo el busto con aire de reto.

—Vaya, vaya, con que le gustan las faldas cortas, ¿eh?

—No puedo remediarlo. Soy un ferviente admirador de las piernas bonitas.

—¿Y no le gusta ver nada más?

—Oh, sí; claro que sí, pero la moral que me enseñaron me obliga a ser comedido. Un tío que tuve, botánico por más señas, siempre me decía: «Don, por las ramas sabrás cómo está el resto del tronco».

—¡Es un descarado insolente!

Don Coldman, con la mayor naturalidad del mundo, sacó un bloc del bolsillo y luego el bolígrafo. Pulsó la cabeza de este y comenzó a escribir.

—¿Cuál es su nombre, graduación…?

La chica pareció sorprenderse. Deshizo el cruce de sus brazos y apoyó las manos sobre la mesa mientras agrandaba sus ojos de pupilas ámbar.

—¿Qué hace, qué escribe?

—He venido a Los Ángeles para redactar un artículo sobre la Metropolitana y comenzaré por ti, encanto.

—¡No!

—¿Tu nombre y graduación?

—¡Esto es intolerable!

—Preciosa, ¿es que no te caigo bien o que no deseas responder a mis preguntas?

—¡Al cuerno con sus preguntas! —respondió, colmada ya su paciencia.

Don Coldman escribió de nuevo en el bloc al tiempo que comentaba:

—Es interesante escribir sobre lo bonitas que son las *police-woman* de Los Ángeles y también de sus modales, claro que no se diferencian demasiado del resto de la gente. En todas partes a los reporteros nos envían al cuerno.

—Señor Coldman —interpeló un policía de uniforme que se les acercó interrumpiendo aquel encuentro que no parecía querer acabar amistosamente, sino con fuegos de artificio.

—Sí, yo soy.

—El capitán dice que pase a su despacho.

—O.K., enseguida voy y deje aparte lo de «señor», no tengo muchas ambiciones y con Coldman me conformo, claro que para ti, encanto —se dirigió a la fémina— basta con Don; es más íntimo.

La mujer resopló furiosa, la irritaban los tipos engreídos y tan seguros de sí mismo como aquel reportero de Nueva York que se

llamaba Don Coldman, claro que Don resultaba más corto, más íntimo… Decidió cortar de raíz sus pensamientos. Era cierto que aquel hombre tenía sus atractivos como varón, pero resultaba tan cínico e irónico que más valía no pensar en él para evitar enervarse la sangre.

Coldman siguió al agente al despacho del capitán Wilson, el cual se hallaba sentado tras su mesa escritorio rodeado de folios, teléfonos y tres de sus más directos colaboradores.

—Hola, capitán. Parece muy atareado.

—Sí, por eso voy a rogarle que no me robe demasiado tiempo. Muchachos, les presento al reportero Coldman, de Nueva York. Los de la urbe de los rascacielos piensan que todo lo que no sea de Manhattan es provinciano, ¿no es así, señor Coldman?

—En el sentido peyorativo en que suele decirse provinciano, no es la ciudad lo que hace provinciano a un hombre, sino su cerrada subcultura y ustedes no me parecen tontos.

—¿Debemos agradecerle el cumplido? —preguntó el veterano capitán de detectives, mostrando sus afilados dientes.

—Por supuesto que no.

—¿Ha venido a vituperarnos? —preguntó uno de los ayudantes del capitán—. Los periodistas siempre se complacen en dejar verdes a los representantes de la ley.

—Yo nunca he hecho tal cosa, puedo jurarlo.

—Así es de los chicos buenos, ¿eh? —preguntó Wilson, sin abandonar su ironía.

—No pretendo tanto, solo que mis reportajes salen en tinta negra y me es completamente imposible escribir algo verde sobre alguien.

—Buen chiste, sí señor. —El capitán carraspeó. Cruzando sus dedos delante de sí, agregó—: No voy a negarle que tenemos mucho trabajo. Los Ángeles es una ciudad grande, si no hacia arriba, sí en una extensión de cincuenta por ochenta kilómetros. No es ninguna pera en dulce para el control policíaco.

—Lo comprendo, y si se refiere a que no sea pesado e inoportuno, puede confiar en mí. Sólo tengo un defecto.

—¿Puedo conocerlo de antemano?

—Desde luego, capitán. El defecto es que suelo ser bastante entrometido. Ya ve que juego con las cartas boca arriba, no engaño

a nadie.

—En ese caso, yo también voy a ser sincero. Soy bastante expeditivo.

—Lo sabía antes de salir de Nueva York. Me advirtieron que iba a hacer un viaje inútil, que el capitán Wilson es el ogro de Los Ángeles, pero resulta que yo hace tiempo que dejé los pantalones cortos.

—Y no le asustan los ogros, claro.

—¡Qué le vamos a hacer!

—Coldman, usted es bien recibido porque trae recomendaciones, demasiadas, y de tanta categoría que me es imposible enviarle al cuerno como hubiera hecho con otro reportero.

—Diablos, cómo se nota que en la ciudad de Los Ángeles tienen ascendencia hispana. Aquí le envían a uno al cuerno enseguida.

—Yo no lo he enviado todavía. Por cierto, ¿a cuántas mujeres ha presionado para obtener esas recomendaciones?

—Es usted listo, capitán. Me hubiera decepcionado de preguntarme a cuántos hombres he pedido recomendación. Son más seguras las que se obtienen a través de las mujeres de quienes pueden otorgarlas.

—Escoge bien su camino y conoce los medios a elegir para no salirse de él.

—Es mi método, pero soy buen chico.

—¿No ha tenido nunca líos con la policía en ningún Estado?

—No, claro que no, pero no voy a negarle que en más de una ocasión han querido empapelarme por algunos reportajes demasiado sinceros.

—Si es sinceridad lo que busca aquí, no le voy a cortar las alas, pero si para lanzar un reportaje sensacionalista dice una mentira, una sola mentira, le juro que se acuerda de mí.

—No parece usted muy flexible, capitán Wilson.

—Sí, sí lo soy. Hasta me gustan las bromas.

—¿De veras?

—Claro que sí; no soy el ogro que cuentan por Nueva York.

—Me satisface pensar que le agradan las bromas… Por cierto, ¿quieren fumar?

Abrió su pitillera de plata y los policías tomaron sendos cigarrillos. Incluso el propio Don, que comenzó a fumar.

—Bien —dijo el capitán, tras expulsar el humo de su cigarrillo —. ¿Qué es lo que le interesa en realidad? ¿Crímenes, timadores, estupradores, pirómanos? Si es asunto de espionaje o narcóticos tendrá que ir a la oficina federal.

—Hum, soy mucho más modesto que todo eso. No busco ejemplares vivos de los cuentos de Poe; solo robos de autos.

—¿Robos de autos? Buen tema —aceptó el capitán, apartando el cigarrillo de sus labios—. Parece usted sensato, Coldman. No busca sensacionalismos estúpidos proyectando morbo masivo a través de las páginas de un semanario.

—¿Es que en Nueva York no se roban coches a diario? —preguntó uno de los ayudantes.

—Naturalmente, pero hemos tenido noticia de que aquí se ha registrado un notable incremento de robos de coches en el último trimestre y me agradaría escribir un reportaje para ello. Incluso, si usted, capitán Wilson, lo autoriza, desearía meterme en la mismísima investigación.

—¿Y estorbar al teniente Benson?

—No, no le molestaría en absoluto. Sólo tomaría nota de su trabajo, del curso de las investigaciones... En fin, de todo lo que hace la policía para tratar de evitar el robo de coches casi masivo que se está llevando a cabo en Los Ángeles. Creo que algo más de cien diarios.

—Sí, por ahí anda la cifra. Bien, no tengo inconveniente. —Pulsó un botón de su dictáfono y llamó—: Sargento Perkins, preséntese inmediatamente en mi despacho.

—¿Perkins será mi anfitrión para cuanto me haga falta, incluso información?

—Si —ratificó el capitán Wilson—. Precisamente, Perkins trabaja en la parte administrativa del departamento de robo de automóviles. El teniente Benson es el jefe del mismo y controla y coordina cuanto se hace en las distintas estaciones de policía de la zona para combatir a los ladrones de autos. Ellos reciben todos los partes y están al tanto de todo.

—Perfecto; es lo que me hace falta para poder meter las narices en todas partes.

—No las meta demasiado, Coldman; podrían rompérselas.

—¿Es un consejo o una advertencia?

—No me refiero a que se las rompa ningún miembro del cuerpo policial, sino del otro bando. Los agentes son los que están entrenados para tratar de tú a esos rufianes que no cesan de darnos dolores de cabeza llevándose coches y más coches.

La puerta del despacho se abrió en aquel instante.

Don no miró atrás, pero escuchó una voz femenina que decía:

—¿Me llamaba, señor?

—Sí, sargento Perkins. —Mientras, Don giraba lentamente la cabeza para mirar y admirar a la mujer—. Le voy a encomendar una misión delicada.

—Estoy a sus órdenes, capitán —se ofreció la rubia, que trataba de no mirar a Coldman.

—Se trata de que la policía quede en buen lugar gracias a usted ante la opinión pública.

—No comprendo, señor.

Fue el propio Coldman quien respondió, adelantándose al capitán:

—Pues va a comprender muy pronto, sargento. El capitán Wilson, y creo que muy acertadamente, la ha nombrado mi anfitriona.

—Exacto, sargento Perkins. Usted deberá acompañarlo a todas partes, no dejándolo solo. Siempre que se trate de una investigación policial o acceso a los ficheros, le proporcionará todos los datos que requiera el señor Coldman, salvo que se hallen en un archivo secreto.

—¡No! —exclamó sorprendida la bella sargento, destinada a la burocracia administrativa de la comisaria general en Los Ángeles.

—Si —corroboró Coldman, con un ligero tono burlón.

—Pero, capitán, podría buscar a otro. Yo tengo mucho trabajo con el último incremento de robo de coches —protestó la sargento, deseando evadirse de aquella misión que le estaba pareciendo una burla del destino.

—Lo siento, sargento Perkins. El señor Coldman, precisamente, de lo que quiere saber es de robos de autos, de ese incremento tan fastidioso que se viene sucediendo de un tiempo a esta parte. Ahora, por favor, no me entretengan más.

—Correcto, capitán. Cumpliré sus órdenes.

—Hágalo bien, sargento Perkins. Deseo que la opinión pública se

lleve una buena impresión de nosotros. A lo mejor, al señor Coldman le viene bien poner nuestras fotografías en su semanario neoyorquino. También hemos de quedar muy bien con las poderosas influencias femeninas que posee.

—Sí, señor.

Wilson se llevó el cigarrillo a los labios, y de pronto sucedió lo inesperado. Una pequeña explosión reventó el cigarrillo y quedó como si en la boca del capitán hubiera nacido la más birria de las flores engendradas por la madre naturaleza.

Los ojos del capitán Wilson fulguraron clavándose en el rostro del periodista. Este continuaba impasible, como si nada hubiera ocurrido.

Los ayudantes del capitán, mientras se producía un intenso silencio, disimuladamente se apresuraron a apagar los cigarrillos que les había proporcionado Coldman para no quedar ellos embromados también.

La chica, cogida por sorpresa, al ver a su capitán, no pudo evitar un brote de risa que contuvo con la palma de su mano.

—Señor Coldman, creo que se pasa usted de gracioso —dijo Wilson muy lentamente, como si mascara las palabras.

—Sólo quería comprobar su capacidad de aguantar una broma, capitán. Como antes ha dicho que le gustaban…

—Pues ya ve, sé reírlas aunque me haya cogido a mí de lleno —rio con los dientes apretados.

—Sargento Perkins, será mejor que nos vayamos antes de que el capitán Wilson separe sus incisivos.

—Sí, sí, claro; vamos.

Llegaba la pareja a la puerta cuando el capitán interpeló, ya con el despanzurrado cigarro sobre el *cenicero:*

—¡Sargento Perkins!

—¿Diga, señor?

—Usted me comunicará inmediatamente si el señor Coldman se pasa de rosca. Así tendremos el gusto de pasaportarlo a Nueva York en el primer reactor que salga.

—Comprendido, capitán. Comunicaré enseguida lo que sea.

—Así lo espero, sargento.

—Adiós, capitán Wilson, hasta la próxima. Espero que sepa aguantar otra broma tan bien como la del cigarrillo. —Miró a los

tres ayudantes del capitán, y agregó—: Ha sido una lástima que tiraran o apagaran sus respectivos cigarrillos; nada más estaba embromado el que le ha tocado al capitán Wilson; solo a él le había preguntado con anterioridad si le gustaban las bromas.

CAPÍTULO II

Ya en el corredor, a solas, Don Coldman preguntó:

—¿Y cuál es tu nombre de pila, sargento?

—Priscila, pero aquí todos me llaman Perkins, sargento Perkins o señorita Perkins, como prefiera.

—Te llamaré Priscila, da más confianza.

Ella se detuvo y él la miró. Priscila le dedicó una sonrisa suficiente y cargada de amenazas, como si fuera dueña de la situación.

—Le advierto, señor Coldman que si se propasa se lo comunicaré al capitán Wilson. Ya ha oído, en un reactor por dónde ha venido.

El parpadeó asombrado. Estaba desconcertado o era el más grande de los cínicos que había pasado por Los Ángeles.

—Pero, ¿por qué había de propasarme contigo, encanto? ¿Es que te he dado motivos para pensar eso? —Ella se sonrojó—. No irás a creer que porque te diga algunos cumplidos, que es mi forma habitual de dirigirme a todas las mujeres, sea tan tonto como para perder mis sesos por ti. Soy más frío de lo que crees, guapa, y ahora, después de dejar bien claro este punto...

—Espere, espere, de modo que suele ir embromando al prójimo y luego presume de hombre de hielo, ¿verdad?

—Si te fijas en mi apellido, Coldman, es nombre frío y me va bien, te lo aseguro. Ahora, no perdamos más tiempo.

La sargento Perkins clavó sus propias uñas en las palmas de sus manos para no estallar. Furiosa, masculló:

—¡Fanfarrón!

Él se detuvo y se volvió de nuevo hacia ella, sacando el bloc y su bolígrafo.

—¿Qué decías, Priscila?

—¿Yo? Oh, nada, nada —exclamó dispuesta a ser tanto o más cínica que él.

Don Coldman ignoraba en aquellos momentos que la sargento Perkins había determinado emplear toda su astucia para demostrar

que él no era de hielo como pretendía.

Una vez lo hubiera hecho estallar en su virilidad, solo tendría que contárselo al capitán Wilson y el audaz, frío y embromador repórter de Manhattan volvería por dónde había venido.

—Está bien. ¿Qué es lo primero que desea saber, Coldman?

—Encanto, me llamo Don y el tuteo es lo más sensato. Vamos a pasar muchas horas juntos.

—¿Horas?

—Creo que el capitán Wilson ha olvidado decirte que voy a estar aquí unos cuantos días y que vas a acompañarme a todas partes durante este tiempo.

—¡No!

—Sí. Ahora, si no es secreto de Estado, muéstrame la estadística de los coches robados. Al público americano le gustan las estadísticas, desea conocer cuántos son los coches robados, los recuperados, los destrozados, las marcas que prefieren los ladrones y sus matrículas. En fin, una completa estadística.

—¿Y luego?

—Ya hablaremos. Primero, si haces el favor…

Priscila Perkins se sentó en la butaca usual para tirar del cajón del archivo. Al sentarse, lo hizo con aparente naturalidad, pero tuvo buen cuidado de que sus bien formadas piernas quedaran algo más descubiertas que anteriormente, llegando a mostrar hasta la rodilla. Él no dijo nada, consumía un cigarrillo que sostenía entre los labios.

Priscila, en su disimulada ofensiva, hizo varias monerías, se mostró más asequible. Para facilitarle los datos, se acercó lo suficiente a él para que pudiera apreciar que su anatomía torácica era realmente atractiva. Sin embargo, Coldman, haciendo honor a su apellido, continuó frío e impasible.

—Parece que los ladrones de Los Ángeles prefieren el «Ford-Mustang», matriculado en los dos últimos años.

—El «Ford-Mustang» es un automóvil muy poderoso y veloz —observó Priscila.

—Sí, lo conozco bien. Tiene pocas averías, facilidad de recambios y por su gran venta, teniendo en cuenta su elevado precio, es un automóvil bueno para los rateros. También observo que se recuperan muy pocos de los robados de este tipo.

—Hay ladrones sueltos, pequeños equipos de delincuentes de

automóviles que se dedican a desguazarlos, pero en este caso de los «Ford-Mustang», la organización que los roba hace las cosas demasiado bien.

—Es fácil suponer que los culpables de este incremento del treinta por ciento en los robos de autos son los ladrones de los «Ford-Mustang».

—Sí, eso mismo opina el teniente Benson. Parece que tienes buen olfato policial.

—¿Se ha hecho algo para atrapar a esa organización?

—Sí, mucho, pero...

—¿Resultados pobres?

—Sí. No han aparecido revendedores de automóviles «Ford-Mustang». Bueno, aparece alguno, pero proceden de ladrones solitarios y sin importancia que han coincidido robando un auto de esa marca, pero que no están ligados a la organización que perseguimos.

—¿Estáis seguros de ello?

—Sí, completamente. Los interrogatorios e investigaciones son exhaustivos cada vez que es atrapado un delincuente que ha robado un coche de ese tipo y marca. Sin embargo, no hemos llegado a ninguna parte. Los «Mustangs» son robados, desaparecen como tragados por la tierra o como si fueran arrojados al mar.

—Sargento Perkins —interpeló un agente agregado al departamento de Priscila con un teléfono, de los seis que tenía sobre la mesa, en la mano.

—¿Qué ocurre, Peterson?

—Un automóvil «Ford» tipo «Mustang», se ha estrellado contra un poste de señalización. Ha subido sobre la acera y se ha aplastado contra la pared de un edificio. El teniente Cameron, de la estación veintiuno, está al cargo del caso.

—Bien, Peterson, pero el caso pertenece a accidentes.

—No, sargento Perkins —denegó el agente al cargo de las líneas telefónicas del departamento—. Han comunicado que el coche era recién robado. El choque ha sido debido a la persecución de que se le hacía objeto al ser descubierto el delito por un auto patrullero que rondaba la zona.

—Ahí tenemos un caso a lo vivo para poder saber más y llenamos las narices de hedor a crimen. Quizá sea el cabo que os

haga llevar al ovillo de este embrollo.

—No te hagas tantas ilusiones, Don. Noticias como esta, por desgracia, las recibimos demasiado frecuentemente. —Encarándose con el agente preguntó—: ¿Ha sido atrapado el ladrón?

—Va camino de la Morgue en una ambulancia, sargento. Por lo visto no ha tenido buena estrella. El muro ha debido ser más duro que su propio cráneo.

Don Coldman se puso en pie dejando los datos del archivo sobre la mesa. Priscila lo miró interrogante y preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—Ir a la Morgue, por supuesto. Quiero ver de cerca este caso.

—Está bien, te acompaño. —Se volvió de nuevo hacia el agente —. Comunica lo sucedido al teniente Benson cuando regrese. Nosotros estamos en la Morgue. Si hay algo nuevo, yo misma tomaré nota y también hablaré directamente con el teniente Cameron. Seguramente, él será quien lleve este caso e irá comunicando datos a este departamento para control y coordinación.

—Bien, sargento Perkins. A ver si esta vez hay suerte.

—Un coche policial nos llevará a la Morgue.

—Prefiero ir sin ruido. Podemos utilizar mi auto —sugirió Don.

—No me digas que te lo has traído de Nueva York.

—No, claro que no. Lo he rentado aquí para los días que permanezca en Los Ángeles.

—¿Y cuál es tu coche? —preguntó ella con mirada indiferente.

—Aquel «Ford-Mustang» rojo. Es muy llamativo, ¿verdad?

—Sí, será bonito hasta que te lo roben. ¿Es que has olvidado que esa es la marca preferida de los ladrones de Los Ángeles?

—No, claro que no, por eso lo he rentado de este tipo. Antes de llegar a Los Ángeles sabía cuáles eran los autos que se roban más. La Prensa de Los Ángeles lo ha aireado suficientemente.

—Los periodistas siempre entorpecen la labor de la policía — espetó molesta.

El suspiró.

—Sería estupendo que me lo robaran. Conseguiría un espléndido reportaje que podría titularse: «A Don Coldman, mientras hacía un reportaje sobre robos de autos, le roban su coche».

—No me gusta.

—A mí tampoco. Vamos a la Morgue o el que está allí empezará a enfriarse.

Teniendo por guía a la hermosa Priscila, no le costó llegar al edificio de la Morgue. Las credenciales de la sargento Perkins le franquearon el paso hacia la sala de los recién llegados donde eran despojados de cuanto llevaban encima, ropas inclusive, siendo preparados para su autopsia y pase al frigorífico que habría de conservar los cadáveres hasta el momento de su entierro.

Cerca de una mesa de disección había varios hombres, uno de ellos un agente uniformado. Otros dos llevaban bata blanca, un cuarto era empleado subalterno de la Morgue y tenía en su mano los efectos recién sacados del cadáver. Los otros dos, que iban vestidos de paisano, se disponían a revisar todo aquello meticulosamente.

—Hola, sargento Perkins. ¿La envía el teniente Benson a olfatear este caso recientísimo de robo de coches? —preguntó uno de los dos policías de paisano. Era bajo, grueso, de ojos redondos y dientes pequeños y afilados. El aire de su rostro, pese a ser algo burlón, resultaba muy despierto.

—Coldman, le presento al teniente Cameron y a su ayudante, el sargento Peals, de la estación veintiuna. —Luego, señaló a Don—: Don Coldman, repórter de Nueva York.

—¿Un repórter y escoltado por nuestra más bella representante del plantel de policías femeninos?

—Tenemos que tratarle bien, pero que muy bien —advirtió Priscila con un mohín de seriedad—. El capitán Wilson me ha ordenado que lo acompañe y proteja. Quiere que el señor Coldman se marche de Los Ángeles con el mejor reportaje posible de nosotros.

—Eso es lo que más me gustaría hacer —asintió Don—. Espero que ustedes me ayuden a conseguirlo.

—¿Y sobre qué piensa escribir, Coldman, sobre cadáveres? Según dicen, para que la Prensa tenga garra debe rezumar tres cosas que no debe olvidar el buen reportero: sangre, lágrimas e inmoralidad.

—Creo que tiene una pobre opinión sobre nosotros, teniente. Yo prometo ser sincero y me interesan los robos de coches. La verdad, no esperaba tropezarme con la sangre de ese delincuente.

—Un delincuente no, una delincuente —corrigió el teniente Cameron.

Don y Priscila se miraron perplejos. Fue el hombre quien preguntó:

—¿Es la que está bajo la sábana?

—Sí, pero…

—No se preocupe, teniente. No es mi intención fotografiarla, no soy un morboso, ni siquiera llevo cámara que, desde luego, no emplearía en una situación como esta.

—Creo Coldman que en principio le juzgué mal. Estoy seguro de que vamos a simpatizar.

—Gracias por su confianza, teniente. Al fin, acaba uno creyendo que por el simple hecho de ser reportero huele mal.

Dando media vuelta, se dirigió al cadáver que yacía sobre la helada y aséptica mesa, cubierto por una sábana. Un cuerpo sin vida que pocas horas antes bulliría en el ansia de vivir y gozar.

Priscila se acercó también a la mesa. Cuando la sábana se levantó para descubrirle el rostro, Don no pudo por menos que exclamar:

—¡Qué lástima!

—Era muy joven —observó Priscila Perkins.

El teniente Cameron puntualizó:

—Veintidós años.

La chica era una morena de cabellos lacios, largos y grandes ojos ocultos ahora por los párpados que se habían cerrado para siempre. Su piel estaba tostada por el sol y tenía unas ligeras pinturas en la cara.

—¿Qué le ha parecido, Coldman? Buen principio para un reportaje, ¿verdad?

—Era muy hermosa y sigo diciendo que es una lástima.

—¿Ha observado algo más?

—Pues sí, que era una viciosa.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Priscila Perkins.

—Al levantar una punta de la sábana no he podido evitar ver su brazo y no creo que le hayan salido callos en las venas por inyecciones de vitaminas, sino de drogas.

—Sí, es muy posible. En ese caso, se tendrá que pasar una nota a la policía federal —observó la bella sargento.

—Sí, yo ya lo había anotado —asintió Cameron. Se encaró de nuevo con Coldman y preguntó—: ¿No ha observado nada más?

—Pues, no he visto sus ropas, pero me figuro que era una *hippie.*

—Los *hippies* no roban —arguyó Priscila.

—El señor Coldman tiene razón. La chica, llamada Mary Boanela, era *hippie,* hija de familia rica, pero que había abandonado su casa. La identificación ha sido bastante rápida gracias a que el sargento Peals la había visto una vez en la estación de policía. Fue apresada en una redada de vagos y maleantes y entonces se descubrió que era de buena familia, pero que había escapado de su hogar y sus padres ya la daban por muerta.

—¿Y al encontrarla?

—Siguieron dándola por muerta —concretó el teniente con un suspiro.

—Insisto en que los *hippies* no roban.

Fue el propio Coldman quien respondió a la sargento.

—Los *hippies* aman la paz, gustan de las flores, de los vestidos raros, las pinturas, del «no» al trabajo, del amor libre, etcétera, etcétera, con lo que podemos o no estar de acuerdo, pero son personas, y lastimosamente abocadas a los narcóticos, lo que no les favorece nada ante la opinión pública.

—Pero, aquí estamos tratando de robos de autos; esa muchacha ha muerto robando uno.

—Sí, es cierto, y que el teniente Cameron me corrija si me equivoco. Cualquier drogadicto, por conseguir su toma, no solo es capaz de robar, sino hasta de matar aunque vaya por los caminos del mundo pregonando la paz.

—Lo que dice Coldman es cierto. Es usted muy agudo, ya le he dicho que podríamos simpatizar.

—Sí, soy de los convencidos en que existe cierto símil entre los reporteros y ustedes, los defensores de la ley.

—¿Ah, sí? —inquirió Priscila con aire incrédulo.

—Desde luego. Lo mismo los policías que los reporteros investigamos la verdad. Unas veces son delitos lo que hay que descubrir, otras simples bodas de secretarias con multimillonarios, pero buscamos la verdad como los policías, solo que ustedes precisan esa verdad para que la sociedad viva tranquila y los maleantes sean atrapados y castigados según las leyes, y nosotros

para informar al gran público que debe estar enterado de todo, porque son ellos quienes compran mi revista, me pagan a mí y al abonar sus impuestos, les pagan a ustedes.

—Ya, la cantinela de los contribuyentes —aceptó Priscila a regañadientes.

—Creo que ha sido un buen intercambio de puntos de vista. El sargento Peals y yo debemos marchar ahora al departamento para inspeccionar todo lo que la chica llevaba encima. Comunicaremos al teniente Benson cuanto averigüemos y llevaré la investigación de este caso adelante, aunque me temo que no va a tener ninguna trascendencia. Una aficionada a las drogas roba un coche y se accidenta en la huida perdiendo la vida. El destino ha hecho una justicia algo dura, pero la vida es así.

—Tratará de averiguar a quién iba a vender ese coche, ¿verdad, teniente?

—Por supuesto que lo averiguará —intervino Priscila algo ofendida ante la pregunta de Don Coldman.

El teniente Cameron carraspeó.

—Bueno, en Los Ángeles hay muchos, demasiados peristas que se dedican a comprar, retocar y vender coches robados. No, sargento Perkins, usted sabe que no es fácil probarles un delito y menos cuando el coche ni siquiera ha llegado a sus manos como en esta ocasión. Todos se harán de nuevas, ninguno admitirá nada. Ya he dicho que me temo que este caso no va a tener mucha trascendencia. Probablemente, se acabará archivando como un intento de robo aislado con muerte de la delincuente. ¿A quién vamos a acusar ahora?

—Quizá a quién haya empujado a esta chica a cometer el robo —indicó Coldman.

—Vamos, vamos, le creía más lógico después de sus anteriores observaciones. Lo que usted dice es una utopía, algo imposible. Aunque fuera cierto que llegáramos a encontrar al que impulsó a Mary Boanela a cometer su robo, de nada serviría, porque ni tan siquiera se le podría llevar a la corte. Eso no es delito y menos siendo la occisa mayor de edad.

—Pues a mí me parece que si alguien la ha inducido a ese delito es culpable de su muerte, aunque reconozco que la ley nada puede hacer en este caso. Sin embargo, yo sí podría poner el dedo en la

llaga en uno de mis artículos y abochornar al culpable si lo hay.

—Se ofrece a correr un gran riesgo, Coldman —advirtió burlón el teniente—. En el supuesto de que ese personaje que usted imagina existiese, si lo nombra en sus artículos como pervertidor público, escandalizador de mujeres sin carácter y además dice taxativamente que empujó a Mary Boanela al crimen, correría el peligro de ser usted empapelado en la corte. Incluso, podría pasar a uno de nuestros respetables establecimientos penitenciarios por calumnia.

—Teniente Cameron, si yo pongo tales cosas en mis artículos será porque halle pruebas que no se puedan rebatir y en ese caso no se me podrá acusar.

—Lo admito Coldman, pero váyase con cuidado porque en vez de empapelarlo quizá le hagan cosquillas en el estómago con un par de plomos. Hay gente que actúa así y entonces la policía hará todo lo posible por vengar su muerte; ya tendremos a un asesino.

—Magnífico, ya es algo. Muerto puedo ser un perfecto cebo. Ahora, teniente Cameron, ya que usted va a llevar este caso, ¿puedo pedirle algo?

—Adelante.

—¿Me da permiso para investigar por mí cuenta en este lío, quiero decir, no va a buscarme pleitos por entorpecimiento de la ley?

—Claro que no, Coldman. ¿Cómo puedo quejarme de obstaculizar a la ley, si viene usted bajo los auspicios del capitán Wilson, jefe de detectives y por si fuera poco, acompañado de la bella sargento Perkins?

—El capitán Wilson no ha dicho que pudiera meterse en líos de investigaciones particulares, amparado por la policía —objetó Priscila.

—Yo no trabajaré amparado por la policía, encanto, lo haré por mí cuenta y riesgo, claro que si quieres acompañarme en todo momento, no me opondré en absoluto.

Priscila quiso protestar, pero ya el teniente Cameron y su ayudante Peals se alejaban y se encontró a solas y a merced de aquel entrometido que pretendía complicar las cosas.

—Creo que perderás tu tiempo, Don y por supuesto, el mío, que lo pagan los contribuyentes —recalcó con énfasis.

—Opino que no perderé mi tiempo.

CAPÍTULO III

El campamento *hippie* que Don Coldman buscaba se hallaba en una playa consistente en un grupo rocoso cercado de fina arena, rocas de apenas un pie de altura hasta quince o veinte pies que tenía la más alta.

Hacia el sur, la arena desaparecía para adentrarse en la montaña rica en pinos formando un acantilado sobre el que se rompan las olas del bravío Pacífico.

La policía de Los Ángeles, lo mismo que había sucedido a sus hermanas de San Francisco, Nueva York, Chicago y otras ciudades, había desistido de luchar contra los amantes de las flores.

«Es mejor inhibirse, ignorar que existen», decían los policías al contemplar a los barbudos y sucios *hippies.* Eran una plaga difícil de controlar, ya que se les echaba de un lugar y acampaban en otro, de nada servía meterlos en la cárcel durante una semana.

Al salir, volvían a buscar un sitio donde acampar y vivir su eterna pereza, su pasividad nociva y no era cuestión de llenar todas las penitenciarías de la nación de abúlicos *hippies.*

Coldman detuvo su «Ford-Mustang» junto a la carretera y apagó los faros que poco antes encendiera, pues oscurecía rápidamente.

El crepúsculo resultaba hermoso contemplado desde la carretera y teniendo la playa rocosa a unos setenta pies bajo él. Las olas suaves del océano batían contra la arena, formando una leve línea de espuma.

La vista se prolongaba sobre el Pacífico que variaba en sus colores y tonalidades, desde azul a verde azulado, negro en la lejanía y rojizo donde el mundo, por su curvatura, semejaba terminar.

Don desvió su vista de aquel sol de disco grande y rojo que parecía medio engullido por el mar.

Entre las rocas de la playa aparecieron algunas fogatas. Algunas lonas juntaban dos o tres rocas formando primitivas chozas y rasgueos de guitarra rompían el silencio nocturno, solo turbado por

el leve batir de las olas.

Pese a ser amantes de la paz los que cohabitaban en aquella playa al sur de Los Ángeles, Don sabía que resultaba peligroso para un intruso mezclarse entre ellos.

Sin embargo, no dudó en tomar el angosto camino descendente que llevaba a la playa. Se detuvo. Tomó mi cigarrillo de su pitillera y le prendió fuego con parsimonia para demostrar a quienes le observaban que estaba tan tranquilo allí como en su propio apartamento y que no se escondía de nada ni de nadie y, sobre todo, que no pretendía entrar en el campamento clandestinamente.

Siguió caminando mientras sus zapatos se hundían en la fina arena. De entre las rocas surgieron media docena de barbudos que lo miraron con hostilidad, cercándole mal disimuladamente.

—¿Qué busca aquí? —preguntó el más insignificante de ellos, pero que tenía la cabeza más gorda, quizá era uno de los más contemplativos.

Sus ojos resultaban almendrados y pese a tener rasgos étnicos occidentales como su cabello, entre rubio y rojizo, Don estaba seguro de que aquel tipejo tenía ascendencia asiática, quizá tibetana o nepalesa.

—Busco a Oldshoo.

—¿Para qué? —preguntó el mestizo euroasiático.

—Para cruzar algunas palabras con él. Me han dicho que es el jefe de esta colonia.

—Oiga, amigo —gruñó uno de los más altos y que cubría parte de su rostro con una barba espesa y descuidada—, si es de la «bofia» y ha tenido la idea de venir solo por aquí, creo que se ha metido en un lío.

—Creí que eran pacíficos —observó Don fríamente, sin dejar de fumar, mientras el cerco se estrechaba a su alrededor amenazando con estrangularlo.

—Será mejor que le demos un baño —propuso el tipo de la cabeza gorda, llamado Michael.

—Creí que vosotros no os lavabais.

—El tipo parece valiente. Veremos hasta qué extremo lo es —masculló uno de los que se habían situado a su espalda.

El de los ojos almendrados respondió directamente a Coldman:

—Nosotros no nos bañamos mucho, pero los sujetos como usted

seguro que lo hacen cada día.

—En efecto, por eso opino que no me hace falta un baño ahora.

—Pues resulta que nosotros creemos que sí —advirtió el bravucón de la barba—. El agua salada le va a lavar las tripas y hasta los pulmones. ¿Verdad, hermanos?

Todos rieron mientras seguían avanzando hacia él.

La luna había llegado ya, pero la luna no aparecía aún en el horizonte. Por toda luz, allí solo se veían las chisporroteantes fogatas.

—¿Si les digo que no soy de la policía van a interrumpir el baño?

—No nos lo creemos —gruñó el de la barba.

—No se librará del baño —advirtió el de los ojos almendrados.

Otro de los que le cercaban, cínicamente, preguntó:

—¿Cuánto resistes con la cabeza bajo el agua? Es para saber los minutos que hemos de pasar de más.

—Son muy amables, pero resulta que cuando voy trajeado no me apetece bañarme.

—Descuida, ya te quitaremos la ropa. A alguno de nosotros le servirá.

El que acababa de hablar recibió un codazo, pues se le había aproximado demasiado por detrás. Quien encajó un puñetazo de antología, que lo hizo caer de espaldas con el tabique nasal fuertemente dañado, fue el tipo de la cabeza gorda y los ojos almendrados.

Varios brazos quisieron atraparlo, pero Don demostró una agilidad poco común y una fortaleza física de la que carecían la mayor parte de aquellos tipos depauperados. Algunos eran de elevada estatura y recia constitución, pero la degeneración de la vida que llevaban había minado sus organismos.

Dos más rodaron por el suelo dolorosamente antes de que Don trepara sobre una de las rocas. Varias manos se tendieron hacia él y hubo de subir a lo alto de otra roca y de allí saltó también por encima de una lona bajo la cual había dos bellas *hippies.*

—¡Atrapadlo! —gritó Michael hecho una furia mientras se cubría la sangrante nariz con ambas manos.

Saltó sobre la arena dispuesto a no dejar que le llenaran las tripas y los pulmones de agua salobre y cruzó junto a una fogata

rompiendo los lamentos de un dúo de guitarristas que se quejaban de algo, Don no tuvo tiempo de saber el qué. De pronto, surgió un tipo en túnica que más semejaba un espectro que un ser humano.

—¡Quietos! —ordenó alzando las manos.

Don se tranquilizó algo al ver que quienes le perseguían con tan malsanas intenciones obedecían a aquel par de manos levantadas, a aquellos brazos de piel blanca y carentes de carne, ridículamente huesudos. Aquel sujeto, más parecía un bonzo vietnamita que un ciudadano norteamericano, aunque Don estaba seguro de que aquel tipo no era oriundo de Asia.

—Sí, es mejor que contenga los ímpetus pacíficos de sus amantes de las flores —dijo Coldman, sarcástico.

Haciendo honor a su apellido, se quedó en lo alto de la roca mirando al tipo de la túnica al tiempo que sacaba un cigarrillo, pues el que tratara de fumar anteriormente no había tenido mucha suerte.

—Es uno de la «bofia», se huele de lejos —masculló uno de aquellos individuos.

—Pues tienes mal olfato, «chivo»; no soy de la policía.

—Maldita sea, me ha llamado chivo… Le voy a partir los huesos.

—No creo que tú solo puedas hacerlo.

—¡Paz, paz! —exigió más que suplicó el tipo de la túnica. Luego, se encaró con Don interpelando—: ¿Quién eres?

—Me llamo Coldman y soy de Nueva York.

—¿Federal?

—Demonios, qué manía con que soy policía. No soy de la estatal ni del FBI.

—Si no eres policía, ¿a qué has venido a nuestro campamento esta noche?

—Creí que eran más pacíficos.

—Somos pacíficos, pero también tenemos que defendernos. Nos dan muchas palizas —explicó Oldshoo—. Además, hay muchos desaprensivos que vienen tras de las mujeres que hay en el campamento, y el amor libre no quiere decir que esto sea un burdel al aire libre.

—Oh, no, claro que no, ya me lo supongo, pero yo no he entrado con malas intenciones. He bajado tranquilamente por el camino y me he dejado ver.

—Sí, eso es cierto, no ha pretendido esconderse, pero es un burgués execrable —acusó uno contra los que se viera obligado a luchar.

Mientras este singular interrogatorio tenía lugar, Den Coldman se veía sobre la roca como un lince sobre un cactus y rodeado por docenas de peligrosos jabalíes.

—Ha dicho que buscaba a Oldshoo —advirtió otro.

Michael, el tipo de los ojos almendrados, no estaba con ellos. Al parecer había preferido ir a curarse el apéndice nasal.

—A Michael le ha partido la nariz y no creo que le vuelva a quedar como antes —dijo otro.

Don Coldman sabía que la situación era fea. Aquella gente, de pacífica tenía poco. Se negarían a ir a la milicia, pero no parecían muy asequibles, al menos en la colonia ubicada en la playa al sur de Los Ángeles.

—Oldshoo soy yo. ¿Para qué deseas verme? —preguntó el hombre de la túnica que tendría una treintena de años más que los que le rodeaban. Aparte del jefe, era una especie de patriarca de aquellos mugrientos barbudos.

—Bueno, ya es algo. Por lo menos, he conseguido encontrar a Oldshoo sin haber tenido que tragarme un poco de océano.

—No te entiendo, hermano —repuso el viejo. Pese a su aire pacífico y patriarcal, a Don Coldman no le cayó bien y no se tragó aquella representación teatral de la que los demás parecían gustar, puesto que le obedecían.

—Es que le íbamos a dar un baño por intruso —explicó el tipo de la barba llamado Jones.

Oldshoo exteriorizó una fría sonrisa mostrando una dentadura tan perfecta que a Don le pareció que bien podría ser postiza.

—Mis hermanos menores son un poco impulsivos. Yo predico la paz, pero la sangre es joven y los nervios cuestan de contener.

—Comprendo —aceptó Coldman fumando tranquilamente pero sin bajar de la roca; le parecía que sobre ella estaba un poco más seguro.

—Todavía no me has dicho para qué querías verme.

—Parece que aquí no se puede hablar más o menos en privado —objetó deseoso de ver a todos aquellos tipos lejos de sí.

—Lo que puedas decirme a mí, pueden oírlo todos mis

hermanos.

Aquellas palabras de Oldshoo parecieron gustar mucho a quienes le rodeaban, pues se agruparon más en derredor del viejo de la túnica.

—Bueno, la verdad es que venía a preguntar por Mary Boanela.

No escapó a Coldman que las miradas que le rodeaban iban haciéndose más hostiles.

—¿Y quién te ha dicho que podrías encontrarla aquí?

—Ella misma. Fuimos amigos un tiempo que pasó en Nueva York —mintió Coldman—. Luego me escribió diciéndome que se iba con un grupo que usted dirigía, pese a la oposición de sus padres.

—¿Has ido ya a ver a los padres de Mary Boanela?

—No, ya que me escribió que sus padres no querían saber nada de ella.

—¿Y tú qué quieres de Mary?

—Pues verla, hablar con ella —explicó con naturalidad.

—¿Sólo querías hablar con ella como amigo?

—Sí, eso es.

—Pues tendrás que buscarla en otra parte, en nuestro campamento no está.

—Pero, ella me dijo que estaría con ustedes —insistió Don para hacerle hablar algo más.

—Pues no es así.

—¿Cuándo se marchó de aquí?

—No lo sabemos. Hará una semana, quizá quince días. A nuestra colonia lo mismo llegan nuevos miembros que se marchan los veteranos. Nadie está obligado a nada y nada se exige. Sólo queremos paz y que nadie se entrometa en nuestra vida, ni siquiera preguntamos por qué y adonde se van los que nos dejan. Deseamos vivir en paz, que el prójimo se ocupe de sí mismo.

—De acuerdo, la buscaré en otra parte, pero si alguien puede hablarme o contarme algo interesante de Mary Boanela sabré agradecérselo.

—¿Y por qué ese agradecimiento? —preguntó Oldshoo fingiendo una sonrisa.

—Eso es cuenta mía. Yo quería verle a usted para que me ayudara a localizar a Mary, pero ya que ella no está, creo que nada tengo que decirles. Será mejor que me largue.

Aquella especie de «guardacorps» mugrientos de la colonia de *hippies* observaban interrogantes a Oldshoo. Este no dio la orden de que cortaran la salida al visitante.

—Buena suerte, hermano Coldman y si desea regresar no vaya a olvidarse de que los jóvenes son muy impulsivos y a veces, en sus juegos, se extralimitan. Hay tantas rocas, el océano está tan cerca... En fin, creo que usted me comprende.

—Claro que le comprendo Oldshoo, pero usted también debe andarse con cuidado. Me han contado que en Los Ángeles tienen una cámara de gas que es una preciosidad, aunque yo, siendo de Nueva York, prefiero la silla eléctrica para los homicidas.

El viejo, sin abandonar su helada sonrisa, respondió:

—Pues aquí preferimos el mar, tiene un aspecto mucho más agradable, ¿no le parece?

—Por supuesto que es agradable y hermoso, pero recuerden que yo sé nadar muy bien.

Tras decir esto, sin ser molestado, Don Coldman abandonó el campamento.

Poco después, los faros de su «Ford-Mustang» rojo volvían a encenderse taladrando la noche en la carretera de regreso a la ciudad.

CAPÍTULO IV

Con el gesto pensativo y el ceño un tanto fruncido, Don Coldman subió casi deportivamente las escaleras de la comisaría general de la policía Metropolitana de Los Ángeles. Atrás quedaba la calle iluminada y movida con el farragoso tránsito que la caracterizaba.

Conocía bien las dependencias del edificio y sus pasos ligeros le condujeron al departamento en que se hallaba la hermosa sargento Perkins.

—Señor Coldman —interpeló el agente Peterson que estaba al cargo de las líneas telefónicas del departamento.

Don se volvió hacia él, acercándosele. No veía a Priscila tras su mesa despacho como esperaba y tampoco hablando con algún compañero o husmeando en uno de los abundantes archivos que allí había.

—¿No está la sargento Perkins?

—No, ha tenido que marcharse. Me ha dejado esta nota para usted.

Coldman tomó la cuartilla y en una letra clara, de trazos seguros escrita por la propia sargento, leyó:

«Don, pasa a buscarme por la avenida Slauson 634, apartamento 121, sobre las diez treinta. Te espero.

Priscila».

—Gracias, agente.

—¿Hay algo nuevo? —preguntó otra voz que se acercó por la espalda de Coldman. Este se volvió para mirarlo.

Aquel hombre era alto, de manos finas y aspecto muy cuidado en general. Cabello castaño y muy lacio peinado con la misma meticulosidad que un niño de comunión por su madre.

Lo que más le caracterizaba eran las grandes gafas de concha negra y vidrios muy oscuros que ocultaban sus ojos.

—No, teniente Benson, en los últimos minutos no hemos recibido nada especial. Ah, se me olvidaba, este es el señor Coldman.

Los dos presentados se miraron. Don lo observó atentamente y se sintió observado a su vez. Al fin, en el rostro del oficial apareció una sonrisa suave y medida. Le tendió la mano y ambos se la estrecharon.

—Celebro conocerle, señor Coldman. No me hallaba aquí cuando el capitán Wilson le ha asignado a la sargento Perkins como anfitriona.

—¿De estar aquí lo hubiera impedido?

—Naturalmente. La señorita Perkins es muy hermosa y prefiero tenerla cerca de mí, claro que nadie mejor que ella para hacernos quedar bien delante de sus lectores.

—De eso puede estar seguro, teniente Benson. Por cierto, ¿cómo le gusta más, como mujer o como sargento de la policía?

—Como mujer y le voy a decir más: No pierdo las esperanzas de casarme con ella.

Al escuchar aquellas palabras, Coldman sintió un leve aguijonazo en el estómago. Sonrió rápidamente, ocultando aquel brote de sentimiento.

—Pues saldrían unos bebés ya uniformados de defensores de la ley.

—No vaya tan aprisa, Coldman. La sargento Perkins es muy hermosa, pero con un corazón difícil de impresionar y no se crea que he sido el único en cercarla. Otros colegas lo han intentado.

—¿También sin éxito?

—Sí, ya le he dicho que es algo dura de corazón, pero muy hermosa, claro.

—Entonces, trataré de no exponerme al ridículo.

—Y hará usted bien, fracasaría como todos. Por cierto, el teniente Cameron, de la estación veintiuna, me ha comunicado que usted quería investigar algo sobre el caso de una delincuente que ha muerto al tratar de robar un «Ford-Mustang».

—Sí, me parece que el caso es bastante interesante y atraerá la atención del público lector del semanario hacia esta clase de robos, que si bien son muy molestos y ocasionan pérdidas considerables al norteamericano en general, también hacen correr la sangre.

—Eso no fue más que un accidente. Normalmente, esa clase de delincuentes, antes que enfrentarse a muerte con la policía, como ocurre en otros delitos, se dejan atrapar. La ley, básicamente, no es muy dura con ellos.

—Sin embargo, creo que el caso de Mary Boanela va a resultar algo más complicado.

—¿Por qué lo dice?

—He visitado el campamento *hippie* donde ella vivía últimamente y estoy seguro de que es un nido de drogadictos.

—Los narcóticos es asunto federal.

—Sí, claro, pero eso no es limitación para mí, yo no pertenezco a la policía Metropolitana.

—Es cierto —admitió el teniente Benson—. Nosotros sí tenemos muchas limitaciones y si poseemos pruebas respecto a estupefacientes debemos comunicarlo a la policía federal. Sin embargo, le diré que es de sobras conocido que en todos los campamentos y lugares donde se reúnen los *hippies,* corren las drogas con mucha facilidad.

—Y las pagan quizá robando coches.

—Bueno, el teniente Cameron me ha comunicado todo lo referente a este caso que él considera no tiene mucha trascendencia y que deberá ser archivado, ya que la delincuente ha pagado su falta con la vida. Le diré que me parece ridículo pensar que todos los *hippies* vayan a pagar sus drogas robando coches. Otros tienen dinero propio, realizan trabajos de artesanía en cuero que se les paga bien o incluso, la facilidad amorosa de algunas de las chicas les hace obtener algunos ingresos.

—Sí, pero insisto en que este caso me parece algo complicado. En el campamento de Oldshoo…

—Sí, ya he oído hablar de ese loco que viste túnica, pero siga, ¿qué sucede en ese campamento?

—No tenían muy buenas intenciones para conmigo.

—Es natural. A nadie le gustan los intrusos.

—Creo, teniente, que sin pruebas, y no las tengo, no voy a poder convencerle de que el caso es algo más complicado.

—Llevo muchos años al frente de este departamento y no le veo ninguna complicación a este asunto. Una chica roba un coche, nada más.

—Pero, a alguien tenía que vendérselo.

—Sí, pero todavía no estaba vendido. Jamás sabremos a quién iba destinado, a nadie se le podrá acusar de comprar coches robados esta vez.

—Cada cual tiene su opinión y, desde luego, la mía es la de un lego en investigaciones, pero soy muy terco. Cuando empiezo algo, me agrada terminarlo.

—Usted mismo, pero tenga cuidado con el nombre Boanela.

—¿Por qué?

—Es muy conocido. Son gente de buena posición y gran ambiente social. No le perdonarían que arrastrara su nombre públicamente.

—Para ellos, Mary ya no era su hija.

—Sí, pero el nombre sigue siendo suyo.

—Trataré de no perjudicar a nadie que no lo merezca, pero no me volveré atrás. He venido a Los Ángeles a hacer un buen reportaje y pienso salirme con la mía.

Con una sonrisa fría, el teniente Benson observó:

—No creo que con este reportaje vaya a ganar el premio Pulitzer.

—Yo tampoco, pero si es del agrado de mis lectores, me sentiré más que satisfecho. —Miró el reloj y dijo—: Bueno, teniente, no le estorbo más en su difícil labor. Tengo una cita y no quisiera llegar tarde.

—Bien, si precisa algo de mí ya sabe dónde encontrarme, pero creo que tendrá más que suficiente con la compañía de la sargento Perkins. A mí me ocurriría lo mismo.

Se estrecharon nuevamente las manos y Don Coldman abandonó el edificio de la comisaría general.

Apenas había pisado la acera de la calle cuando un siseo le llamó la atención.

Junto al poste de señalización que prohibía el estacionamiento en aquel lugar de cualquier coche que no fuera policial, descubrió a una chica.

Era una *hippie,* no cabía duda.

Blusa, chaleco y pantalones de piel. Cabello largo, lacio y despeinado y una bolsa de cuero colgando en su costado. Era más bien baja y en cierto modo resultaba atractiva.

Coldman se le acercó.

—Creo que quieres hablar conmigo.

—Sí. No me acuerdo de su nombre...

—Coldman, Don Coldman, pero puedes llamarme Don. No soy exigente.

—Te he visto en la playa.

—Ya, formas parte del grupo de Oldshoo.

—Sí, como Mary Boanela.

—¿Vienes a hablarme de ella?

—Sí. Ha muerto.

—Ya lo sé. Me lo han contado en la comisaría.

—¿De verdad no eres de la «bofia»?

—Por supuesto que no.

—Es que...

—Tú también eres drogadicta y temes que te aprehendan y te encierren en un hospital para desintoxicarte.

—Sí, eso es.

—Bien, no voy a denunciarte si es lo que temes y si te has atrevido a acercarte hasta aquí será para contarme algo más que la muerte de Mary Boanela.

Ella asintió con la cabeza. Luego dijo:

—Era mi amiga. Solíamos andar juntas.

—¿Era el primer coche que robaba?

—¿De qué coche hablas?

—Del coche con el que se ha matado.

—Yo sabía que había muerto en un accidente, pero no que el auto fuera robado.

—¿De veras puedo creerte?

—Sí, y si no has de creerme, me marcho.

—Espera, espera, impulsiva. —La retuvo cogiéndola por el brazo.

—¡Suéltame, has dicho que no me denunciarías!

—¿Cómo pagas tus drogas?

—Haciendo de enlace.

—¿Vendiendo drogas a otros?

—Sí, pero a mí no me hacen falta muchas. Mary era distinto, ella...

—Comprendo. Lo que quieres decirme es que ella estaba más

crónica que tú.

—Sí, se ponía muy nerviosa. Le temblaba todo el cuerpo cuando pasaba la hora de la toma. Le era imprescindible.

—¿Y cómo obtenía el dinero regularmente?

—Primero de sus padres. Alguna vez me había pedido a mí.

—¿Y últimamente, cuando sus padres ya no querían saber nada de ella?

—Michael era su hombre.

—¿Su hombre? ¿Quieres decir algo más que amigo?

—Sí. Allá en el campamento esas cosas no tienen demasiada importancia.

—La suciedad os ha cubierto totalmente hasta la moral.

—¡Nosotros queremos la paz!

—Todo el mundo quiere la paz, pero no se obtiene como vosotros pretendéis.

—¿Y con bombas sí?

—Tampoco, se construye trabajando por ella. En fin, creo que no has venido a polemizar conmigo sobre tus ideas o las mías.

—Yo no sé nada más de Mary.

—Sí sabes. Por ejemplo, ¿por qué han dicho que hacía días que no la veían en el campamento?

—Oldshoo lo ha ordenado así.

—¿Por qué?

—Para protegemos a todos.

—¿Contra la ley?

—Ha dicho que la policía, debido a la muerte accidental de Mary, nos molestaría y trataría de hostigarnos incluso encerrando a alguno de nosotros para interrogarnos y apaleamos.

—¿Ha sido verdad todo eso?

—Bueno, a algunos compañeros los han apaleado a veces en las comisarías.

—Sería porque se lo merecían, ¿no crees? A veces, algunos compañeros tuyos de vagancia no son más que críos que lo único que necesitan es una buena azotaina.

—Has dicho que no hablaríamos de ideas.

—De acuerdo, pero, ¿ha ido ya la policía por el campamento?

—Sí.

—¿Y qué han sacado de limpio?

—Nada, les han dicho lo mismo que a ti.

—Pero a ti te ha parecido que debías venir a hablar conmigo. ¿Por qué?

—Porque Michael no me gusta.

—¿Antagonismo personal?

—Quizá. Lo importante es que Michael había hecho sufrir y llorar a Mary muchas veces.

—¿Y por qué no se alejaba de ese tipo?

—Porque la tenía dominada. Ahora, creo que debo marcharme. Si se enteran de que he venido a hablarte puede que me den una paliza.

—¿Una paliza? Sigo opinando que tus amigos amantes de la paz no son muy pacíficos que digamos. —Sacó unos billetes del bolsillo y los tendió a la chica agregando—; He dicho que sabría recompensar cualquier información.

—No, no he venido por dinero —objetó ella apartándose.

—Pero a mí me interesa dártelo, sé que te hace falta. —Se lo metió en la bolsa y dijo—: Si te enteras de algo más importante de cuanto me has dicho sobre Mary, ve al hotel Metropol; allí me encontrarás y me agradará volver a charlar contigo.

—De acuerdo. Me alegra saber que Mary tenía amigos como tú —dijo ya alejándose.

Don quiso decirle la verdad pero se contuvo, le hubiera hecho daño y aquella chica parecía sincera.

Se volvió hacia el «Ford-Mustang» que tenía aparcado en una calle adyacente. Sacó su pitillera y cuando puso el cigarrillo entre sus labios, escuchó el chirriar de unas ruedas, un frenazo brusco y un grito de mujer.

Giró la cabeza rápidamente y vio a la *hippie* materialmente debajo de un «Buick» oscuro. Dentro del auto, una mujer de cabellos platino y un hombre con expresión de espanto que abrió la portezuela.

Al ver a la chica en el suelo, salió corriendo cuando ya varios agentes de policía se precipitaban hacia el lugar, pues el accidente había ocurrido a pocas yardas de la comisaría general.

Como una exhalación, Coldman echó a correr en persecución del fugitivo que había logrado alcanzar otra acera y pretendía desaparecer por una calle próxima.

Coldman sorteó los coches que ahora se detenían para ver lo ocurrido y consiguió apresar al individuo, que al sentirse cogido por el brazo, se revolvió como gato acorralado por un lobo.

—¡Suélteme, suélteme, ella se ha metido debajo!

El puño de Don no pudo contenerse y se aplastó contra el rostro de aquel tipo que había comenzado a sudar y que apestaba a alcohol.

—¡Tú la has atropellado y ya dirás por qué!

—¡Ella se ha metido debajo!

Propinó una violenta patada al estómago de Coldman, pero la capacidad de recuperación del repórter era rápida y le devolvió el golpe en forma de dos puñetazos.

Luego, le hizo una presa cuando dos fornidos agentes se lo arrancaron materialmente de sus brazos.

—¡Suéltenme, suéltenme! —gritaba y pataleaba aquel sujeto mientras era arrastrado hacia la comisaría y la chica *hippie* era sacada de debajo del automóvil.

Un agente de uniforme se acercó a Don. Antes de que este hablara, Don le preguntó:

—¿Y la chica?

—Muerta.

—¡Estúpido tipo!

—Nosotros sabremos cómo tratarle, descuide. ¿Ha presenciado el accidente?

—En realidad, no. Cuando he oído el frenazo he vuelto la cabeza y la he visto a ella bajo el coche. El sujeto ese intentaba escapar.

—Bueno, qué le vamos a hacer. Después de todo, el caso está claro, por ahora, si no surgen otras complicaciones. ¿Puede darnos sus datos por si le necesitamos?

—Sí, cómo no. El capitán Wilson sabe que me hospedo en el Metropol y hace unos momentos he hablado con el teniente Benson.

—¿Acaso es usted el señor Coldman de Nueva York?

—Sí.

—Ya he oído hablar de usted. Está haciendo un reportaje sobre la policía.

—Sí.

—Pues explique bien a sus lectores que somos muy efectivos. Yo me llamo McGregor. Si le necesitamos para declarar, ya le

avisaremos. Hasta la vista, señor Coldman.

Saludó tocándose ligeramente la visera de su gorra de uniforme.

Don sintió deseos de tomar una copa. Aquella muerte le había producido mal sabor de boca. Después de haber visto y golpeado al tipo del automóvil, no creía que lo hubiera hecho expresamente. Parecía algo bebido y muy asustado. Un desgraciado peligroso surgido estúpidamente en la vida de aquella infeliz que sería conducida de un momento a otro a la Morgue.

Buscó con la vista un lugar donde tomar un trago, pero recordó la cita que le había dado Priscila. Optó por dirigirse directamente al «Ford-Mustang» para rodar hacia el apartamento del sargento Perkins.

CAPÍTULO V

Tras pulsar el timbre, esperó brevemente y no tardó en abrirse la pulida hoja de madera.

Apareció la sargento Perkins, vestida muy favorablemente, según el concepto de Coldman.

—Creí que la sargento Perkins no usaba minifalda.

Priscila se dejó contemplar por el hombre. Su falda era corta y sus piernas lucían muy hermosas. Aquel vestido la hacía muy juvenil y atractiva. Incluso, su busto se veía más realzado y la sonrisa brillaba espléndida en sus labios de carnosidad justa.

—Es que ahora no estoy de servicio. Bueno, todavía tengo que realizar una gestión, pero luego concluyo por hoy.

—Pues no voy a negarte que me gustas mucho más como mujer que como sargento. —Miró hacia el interior de la habitación y preguntó—: ¿Me invitas a una copa?

—Por supuesto. Entra.

La puerta se cerró tras el hombre. Este pudo admirar un apartamento no muy grande pero sí muy coquetón.

—Parece que vives bien.

—¿Te lo parece? —preguntó ella mientras preparaba dos vasos con bebida.

—Sí, y después de verte a ti y este apartamento comprendo al teniente Benson.

—¿Al teniente Benson?... ¿Ya lo conoces?

—Sí, lo he visto esta noche cuando me entregaban tu nota.

—¿Y qué decías de Benson?

—Que comprendo que desee casarse contigo.

Ella se le acercó tendiéndole el vaso con el *whisky*.

—¿Y a ti te gustaría que me casara con él?

—¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad femenina.

—Yo nada tendría que oponer a una boda entre defensores de la ley.

—¿De veras que no tendrías nada que oponer? —le preguntó aproximándose a él hasta que el hombre captó el suave y cálido aliento que escapaba de sus labios brillantes y ligeramente húmedos.

—Ahora no estoy de humor para pensar en tales cosas —replicó desilusionando a Priscila que veía estrellarse su ofensiva contra el muro de hielo que él oponía. Y ella, que al conocerle y escuchar sus primeros halagos, había pensado que era un facilón amoroso apto para chicas tímidas y sin carácter…

Esbozó un mohín de desencanto al ver que Coldman, en vez de besar sus labios, bebía tranquilamente el *whisky* que le había preparado.

—¿Ocurre algo grave, Don? Te veo preocupado esta noche.

—Pues sí. Hace pocos minutos ha muerto una mujer.

—No comprendo. ¿Acaso te refieres a Mary Boanela?

—No, a su amiga, y la verdad es que aún no sé ni cómo se llama.

—¿Y cómo sabes tú que ha muerto esa chica?

Un vivo interés se reflejó ahora en el rostro femenino.

—Porque yo he presenciado su muerte.

—¿Cómo?

Don Coldman le explicó lo ocurrido y terminó diciendo:

—Ya ves, un simple caso de robo de automóviles se está tiñendo de sangre.

—Sí, pero parece que la muerte de esa muchacha que ha hablado contigo ha sido accidental.

—Es lo que no encaja bien. No obstante, me agradaría que te interesaras por ese hombre que han detenido por si sacamos algo en claro, aunque me temo que nada. El tipo ese era un borracho que quería escapar a su responsabilidad y me temo que la mujer que lo acompañaba no era la suya propia. En fin, considero que nada tenía que ver con el robo de autos.

—Don, creo que la muerte de esas dos mujeres en tan breve tiempo y después de haber hablado con una de ellas, no ha sentado muy bien a tu espíritu.

—Es posible. Al venir aquí pretendía escribir un reportaje más o menos normal, lo confieso. El director de redacción me, había enviado hacia aquí para ver si fracasaba un poco, pero me temo que si escribo todo lo que estoy presenciando va a interesar, y mucho a

la opinión pública. El director de la redacción se llevará un disgusto.

—Me agradaría que este reportaje fuera un éxito para ti, pero, por supuesto, no deseo que haya más tragedias en este caso. Precisamente, mi última gestión de hoy como sargento de la policía consiste en ir a la Morgue y tomar el informe de la autopsia, pero si ha de molestarte ir a ese lugar…

—No me creas un niño, Priscila, simplemente me hacía falta un trago.

—¿Quieres otro?

—No, cuando se trata de pasar un mal rato, un segundo trago no es conveniente porque puede seguirle un tercero y luego un cuarto. Vamos, cariño, ya encontraremos luego un lugar donde cenar. He estado varias veces en Los Ángeles, pero nunca he salido con una compañía tan agradable como tú.

—Parece que vuelves a ser el de siempre después del trago de *whisky* —dijo ella recogiendo su chal.

Priscila fue apagando las luces del apartamento. Cuando se dirigía hacia la puerta, tropezó disimuladamente, yendo a parar a los brazos del hombre que, al sostenerla, la estrecharon contra su tórax quedando las bocas de ambos bastante cerca.

—Don…

Él la besó en los labios y ella no solo aceptó la caricia sino que se entregó a ella cerrando los ojos.

—¿Siempre tropiezas igual cuando te interesa un hombre? —le preguntó él después de la caricia.

—¿Qué insinúas?

—Que ha sido una mala interpretación de tropiezo, pero que el beso ha sabido bien.

—¿Es todo lo que opinas? —preguntó comenzando a impacientarse. Le molestaba que el hombre se resistiera tanto a sus encantos.

—Añadiré que no eres la primera mujer que me besa con el deseo de convertirme en su esclavo.

—¿Qué?

—Que no te esfuerces, de nada van a servir tus ofensivas. Eres muy hermosa, pero quizá te convenga más un teniente de policía que yo.

—¿Cómo te atreves a decirme todo esto?

El suspiró.

—Sólo me falta agregar que el día que quiera a una mujer la escogeré yo mismo. No me dejaré elegir entre una manada de borregos. Ahora, adelante, ovejera.

Priscila Perkins se contuvo para no explotar de rabia. Lo único que iba a conseguir enfureciéndose y echándole en cara su cinismo era que él se burlara de ella y no estaba como para aguantar más bromas del suficiente Don Coldman. Se tragó su cólera y sonrió mientras se decía mentalmente:

«Seguiré con mi táctica, cariño. A la larga caerás como todos».

El «Ford-Mustang» les condujo rápidamente a la Morgue.

Uno de sus empleados les recibió y atendió.

—Aquí tienen el dictamen forense, señorita Perkins.

Ella abrió el sobre y dio un vistazo a la hoja, palideciendo ligeramente. A Don Coldman no le pasó inadvertido el vivo disgusto que se reflejó en el rostro femenino.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sí.

—¿Feo?

—Sí.

El tiró del impreso que Priscila sostenía entre sus dedos y lo leyó por sí mismo, no tardando en exclamar:

—¡Maldita sea! Mary Boanela, en el momento de su muerte, estaba embarazada de tres meses y medio.

—Un norteamericano ya no llegará a nacer —observó Priscila.

—Es lamentable. Drogadicta, hecha una vagabunda y robando coches con un nuevo ser en sus entrañas.

—Sí, es muy lamentable que estas cosas sucedan, pero ella eligió su destino. Lo malo es que arrastró con ella a una criatura que ni siquiera había llegado a ver la luz.

—Opino que alguien la empujó a cometer ese delito y en sus circunstancias, con los nervios más excitados, claudicó.

—Es posible, pero, ¿quién podría empujarla?

—Eso creo que puedo averiguarlo.

—No te voy a preguntar cómo, porque aunque llegaras a averiguarlo, nada se podría hacer, no probando con testigos que él la incitó al delito.

—Si la ley no puede hacer nada contra esa clase de tipos, yo sí.

—¿Cómo?

—Dándole una paliza con mis propios puños.

—Cuidado Don, puedes buscarte complicaciones con la justicia y aunque tengas razón para pensar así, no está permitido tomarse la justicia por la propia mano.

—No me sueltes retóricas, encanto, no me ha gustado nunca que una mujer me dé lecciones y si piensas seguir conquistándome deberás tomar nota de ello.

—¿Qué, que yo pienso seguir conquistándote? Pero, ¿qué te has creído?

—Opino que la Morgue no es el sitio idóneo para discutir problemas afectivos. —Encarándose con el empleado del depósito, que estaba carraspeando, preguntó—: ¿Han traído a otra chica *hippie* de cabello trigueño que ha muerto esta noche?

—Sí, sí que la han traído. La pobre no tenía escapatoria. De no haberla matado la bala que se incruste en su cráneo la habrían liquidado las ruedas del coche que la ha atropellado.

—¿Cómo? —preguntó, achicando sus pupilas al escuchar aquellas palabras sobre la infeliz muchacha.

—Lo que ha oído.

—¿Está seguro de que la ha matado un balazo?

—Sí, no hay duda. En principio, parecía que la sangre que manchaba su cabello pertenecía al resto del cuerpo atropellado por la carrocería del automóvil, pero ha sido fácil descubrir, en la primera inspección, que tenía un orificio de bala, un «38» lo más seguro, aunque hasta que extraigan el proyectil no se podrá decir definitivamente. Sin embargo, es evidente que ha sido el balazo lo que la ha matado.

—¿Puede mostrarme el cadáver? Quiero estar seguro de que se trata de la misma chica.

—Sí, cómo no. Síganme.

Priscila olvidó su anterior enfado. También se había interesado mucho al oír aquella noticia.

El propio empleado de la Morgue levantó una punta de la sábana que cubría el cadáver recién llegado que comenzaba enfriarse por sí mismo.

—¿Es ella? Se llama Clare Hopkins.

—Sí, la misma, no cabe duda.

—Pues mire, en este lado de la cabeza tiene el balazo.

—Por todos los demonios, la han tenido que seguir hasta que ha hablado conmigo y temiendo que se hubiera ido de la lengua la han asesinado.

—Pero, ¿cómo? ¿A dos pasos de ti y delante mismo de la comisaría general de la policía? —preguntó asombrada Priscila.

—Sí, el asesino debe ser muy astuto y se ha asegundo bien para que no le descubrieran cometiendo su crimen. Ha tenido que utilizar un silenciador. Por eso la chica, al recibir el impacto, se ha desplomado de modo tan súbito metiéndose materialmente bajo las ruecas del coche de aquel tipo.

—Creo que tenías razón al decir que este caso se complicaba. Tengo que avisar al teniente Benson y también al teniente Cameron para que prosiga la investigación.

—Bien Priscila, telefonea y luego regresa a tu apartamento.

—¿A mi apartamento, para qué?

—Prepárate algo de cenar. Yo tengo que hacer.

—¿El qué?

—Una visita a alguien que puede decirme algo.

—Lo que tú quieres es meterte en problemas. Deja que la policía siga adelante, es nuestra labor, no la tuya.

—La muerte de esa chica me ha dolido y creo que si no hubiera venido a buscarme no le habrían hecho nada.

—Tú no has de sentirte obligado, pueden matarte a te también. Ahora sabemos que quien se mueve detrás de todo esto es peligroso.

—Eso lo he creído yo desde el principio y mucho más después de pasar por el campamento *hippie.* Ahora, cariño, lo siento, pero tengo prisa. Aguárdame en tu apartamento, en cuanto termine apareceré a por lo que hayas preparado de cenar y no te preocupes demasiado; no soy exigente.

—Eh, Don, espera, yo…

Pero Don Coldman ya estaba lo suficientemente lejos para no oírla.

Tenía algo que hacer en un pacífico campamento a orillas de un océano también Pacífico.

CAPÍTULO VI

En una de las tiendas de lona del campamento *hippie,* Oldshoo ordenaba a sus más adeptos, quienes cuidaban de que el campamento estuviera protegido y limpio de intrusos.

—¡Quiero paz! ¿Lo entendéis? ¡Paz! Después de lo ocurrido, la policía se pondrá un poco pesada y vendrá a molestarnos.

—¿Y qué hacemos con los tipos como el que me ha golpeado? —inquirió Michael hablando única y exclusivamente por la boca, ya que los orificios de su nariz estaban repletos de algodón, hinchando el apéndice nasal hasta casi desfigurarle el rostro. La hemorragia había sido contenida, pero el tabique nasal se hallaba desviado por el contundente puñetazo que le propinara Coldman.

—Otra vez no seas tan confiado, Michael —le cortó Oldshoo—. A veces, los intrusos responden como mulas y causan prejuicios como el que te ha ocurrido. Seguramente, si viene la policía, te interrogarán.

—Mejor será que no lo vean.

—Tienes razón, Jones —asintió Oldshoo aceptando la opinión del barbudo.

—Está bien, me esfumaré, pero como ese tipo vuelva a aparecer delante mío...

—Si eso ocurre, aseguraos de que no vuelva a molestar —dijo Oldshoo.

—No temas —advirtió Jones—. Con un par de piedras en cada pie y los tiburones que nadan entre las rocas, ya nadie vuelve a saber de ese tipo u otro cualquiera que trate de buscamos pleitos aquí en nuestro campamento.

—Bien, pero por si acaso viene la policía y empiezan a registrar, contingencia que debemos admitir y prevenir, que nadie tenga drogas en su poder. Sería motivo suficiente para que se llevaran a alguien y luego le apretaran las clavijas, sonsacándolo. No todos sois muy resistentes...

—Nosotros cuidaremos de que en el campamento no haya nada que pueda dar pie a la policía para detenciones —dijo Michael con su voz casi cómica.

—Bien, yo esconderé bajo la arena la caja de las tomas intravenosas y que nadie se acerque por aquí a pedirme nada hasta que este lío de la policía haya pasado. Tampoco quisiera que atraparan a nadie en trance narcótico.

—¿Y si alguno de los hermanos se pone pesado con el deseo de la toma? —preguntó Jones.

—Entre dos o tres lo remojáis un poco en el mar. Con media hora bastará para que se le pasen las ganas por algún tiempo. Decid a todos que luego todo continuará normal como hasta ahora, pero que hay que tomar precauciones.

—Se cumplirán tus órdenes, Oldshoo y nada sucederá —asintió el barbudo y fornido Jones.

—Bien, ya os podéis marchar y tú, Michael dile a Margareth que venga a verme; me siento algo solo esta coche.

—Comprendo —dijo sonriendo entre dientes.

Los secuaces de Oldshoo se desparramaron por el campamento *hippie* moviendo sus atuendos floreados, sus campanillas multicolores adosadas a los raídos zapatos.

Michael estaba más que molesto y encaminó sus pasos en busca de Margareth para avisarla de que el patriarca de aquella colonia deseaba su compañía por aquella noche.

La especie de choza donde vivía Margareth y su compañera, estaba al otro lado del campamento, casi tocando los pinos de la rocosa montaña que terminaba en un acantilado sobre el cual se estrellaban las olas del océano.

Michael, con mirada maligna, se decía que debía vengarse del tipo que le pusiera aquella cara.

«No volverá por aquí», pensó sonriendo con aire suficiente.

Al pasar junto a una roca, sintió un agudo dolor en la base del cráneo.

Tuvo tiempo de volver la cara y ver al hombre que le aplastara el apéndice nasal con un puñetazo que hacía tenido el efecto de una coz.

Hubiera querido gritarle, escupirle, golpearle, pedir ayuda, pero nada pudo hacer. La vista se le nubló y las piernas se negaron a

sostenerle.

Se derrumbó, más su cuerpo no llegó a tocar la fina arena, pues fue sostenido por los brazos fuertes de Don Coldman.

El repórter lo cargó sobre sus hombros como si de un borrego se tratara y echó a andar hacia los pinos, procurando no ser visto. No se le escapaba que su situación allí era muy peligrosa.

Ascendió por la montaña llegando al otro lado de la misma. Se acercó a las rocas del acantilado. Desde aquel lugar no podrían verlo ni oírlo, y la escena iba a desarrollarse bajo una espléndida luna que parecía suspendida sobre el grandioso océano Pacífico que reverberaba su luz.

Lo primero que hizo Don fue tender en el suelo al euroasiático con el cual no simpatizaría jamás. Puso su cabeza grande y redonda junto al acantilado.

Abajo, a treinta pies, batían las olas contra las rocas que emergían del fondo. Lo cacheó, hallándole solo una navaja automática de hoja muy afilada.

«Ni lleva armas de fuego», se dijo recordando a la joven muerta de un disparo en el cráneo.

Al fin decidió despertarlo con unos cachetes que procuró no darle cerca de la nariz para que esta no se pusiera a sangrar. Pretendía amedrentarlo, pero no era ningún sádico.

—¡Eh! ¿qué pasa? —gruñó moviendo la cabeza para despejarse en su doloroso despertar.

—Hola, Michael. Creo que anteriormente no nos han dejado charlar a gusto.

—¡Coldman!

—El mismo y no te conviene hacer ninguna tontería o vas abajo. Si caes sobre las rocas no creo que tengas ninguna posibilidad de salvarte y quizá haya tiburones. Claro que, no se perdería gran cosa. Un tipo repugnante como tú, ahogado, no llamaría demasiado la atención si es que llegaban a encontrar tu cadáver.

—¿Qué pretende? ¿Se ha vuelto loco? —inquirió mostrando su miedo al no poder levantarse, ya que Don, sobre él, lo sujetaba con una presa.

—No, solo vas a responderme a unas cuantas preguntas.

—¿Y si no respondo nada?

—¿No querías remojarme un poco en mi primera visita a esta

playa llena de basura? Pues ahora seré yo quien te dé un baño a ti y no creo que salgas muy bien parado de él.

La zurda libre de Michael rebuscó entre sus propias ropas. Don le advirtió irónico;

—Si buscas tu navaja, la tengo yo. No soy tan imbécil.

—¡Si me mata, lo llevarán a la cámara de gas!

—¿Tú crees? ¿Es posible que seas tan idiota de pensar que cuando recojan tu cuerpo, si es que lo encuentran, porque debajo de tu cabeza se forman unas corrientes marinas que harían inútil toda búsqueda, pueden acusarme de tu desaparición? Vamos, vamos, serás pasto de peces si no te pones a tono conmigo.

—Pero, ¿qué quiere saber?

—Tú eras el hombre de Mary Boanela —aseguró más que preguntó.

—¡No!

Coldman, frío, con una naturalidad que aterró al euroasiático, lo empujó unas pulgadas más hacia el vacío. Ahora, toda su cabeza grande y redonda colgaba sobre el acantilado y con sus no menos grandes orejas escuchaba el rompiente de las olas.

—¡Espere, espere!

—Vaya, parece que tu memoria funciona mejor ahora, ¿verdad?

—Yo... yo tenía varias chicas... Aquí, el amor es libre.

—Mary Boanela era algo especial, ¿me equivoco? Para un tipo como tú, una chica blanca como ella sería una golosina de valor inapreciable.

—Conozco a muchas chicas blancas y...

Don cortó su protesta empujándolo un par de pulgadas más al vacío.

Michael, espoleado por el pánico, trató de golpear el rostro de Don con su zurda libre. Lo consiguió una sola vez, pues antes de poderlo hacer la segunda, su brazo derecho se retorcía en una dolorosa luxación que le hizo proferir un gemido de dolor y contener su furia.

—Vamos, vamos, Michael, tendrías que saber perder mejor. Conmigo nada tienes que hacer. Los tipos como tú no son problema para mí.

—Sí, sí, era mi chica, lo confieso, pero eso no era nada malo.

—¿Tú la dopabas?

—¡Yo no, lo juro!

—¿Quién, si no?

—¡No lo sé!

—Bien, un poco más hacia el vacío. Es posible que en cualquier momento pierdas el equilibrio y te vayas al fondo. Nada se perderá.

—¡Sólo era su amigo!

—¿Su amigo? ¡Desgraciado! ¿Y qué crees que ha muerto con ella en el accidente?

—¡No sé de qué me habla!

—Iba a tener un hijo, seguramente tuyo.

—No, no lo sabía, podía ser…

—Si dices una sola palabra más en tal sentido, te juro que vas abajo inmediatamente.

—¡Está bien, está bien, pero yo no sabía nada!

—Pero si sabías que Mary necesitaba dinero, ¿verdad?

—¡A todos nos hace falta!

—Sí, eso es cierto, pero a Mary más si tenía que bogarse y ya era un guiñapo, una mujer sin voluntad.

—¡Yo no tenía dinero para darle!

—Es posible, por ello le sugeriste que robara un coche. Sería fácil convertirlo en un puñado de dólares, el «Ford-Mustang» es un coche caro y puede pagarse bien.

—Yo ignoraba que quisiera robar, los *hippies* no roemos.

—Tú me vas a decir ahora mismo quién te maneja preguntó Don haciendo creer a Michael que estaba al corriente de todo, más de lo que en realidad sabía. Era como lanzar fuegos de artificio, pero muchas veces daba resultado.

—¡No me maneja nadie, nadie!

—Vamos, Michael, no pierdas más el tiempo. Todos aquí tomáis drogas, de una clase o de otra y hay que pegarlas. Hace falta dinero y alguien tiene que proporcionároslo.

—A Mary se lo daban sus padres. Son ricos, muy ricos.

—Sí, pero sus padres terminaron de darle dinero y ella lo necesitaba para seguir drogándose, porque los sucios como tú la habíais viciado.

—Es Oldshoo, él vende las drogas.

—Bien por decírmelo. Ya veremos qué saca el FBI de él.

—No le encontrarán pruebas. Es muy listo.

—Pero tú sí sabes cómo hallarlas, ¿verdad?

—Yo no sé nada!

—Es cierto, y cuando bebas agua, después de partirte el cráneo contra las rocas, sabrás menos todavía. Un poco más afuera...

—¡No, no! —suplicó viéndose materialmente en el vacío. Sabía que dependía de las manos de Don Coliman, si este le soltaba, él dejaría de existir.

—Bien, parece que ya recuerdas un poco.

—Oldshoo esconde la caja con drogas en la arena, junto a una roca.

—¿Qué roca?

—La que está al sur de su choza. Nadie lo sabe, aunque algunas veces las cambia de posición. Algunos se ponen tercos pidiendo su toma y no tienen dinero.

—Claro, y el venerable patriarca no da pastillas o inyectables si no se le pagan previamente.

—Él dice que son caras y que él tiene que pagarlas.

—Pero no dice eso mismo cuando coge adeptos, cuando vicia a los novatos que llegan a la colonia. A esos les debe dar la droga gratis, pero cuando ya no pueden prescindir de ella les cobra el doble.

—Ese es su negocio, no el mío.

—¿Y cuál es el tuyo... sugerir que roben coches?

—¡Yo solo soy un intermediario! —gritó percatándose de que en su pánico había hablado demasiado.

—Bien, Michael, ahora empezamos a entendernos.

—Eh, yo, yo...

—Sí, solo eres un intermediario que vas a pagar por el patrón si no sigues hablando. Te aseguro que me duelen los brazos de tanto aguantarte en el vacío. Podría soltar mis manos y tú irías al agua. Dicen que bañarse de noche es muy agradable, pero no creo que lo sea tanto aquí entre las rocas y cayendo de cabeza desde semejante altura.

—¡Sólo soy un intermediario, ya se lo he dicho, no puede matarme por eso!

—¿Quién es tu patrón? ¡Vamos, suelta la lengua!

—Lo ignoro.

—¿Crees que me voy a tragar eso?

—Debe creerme. Me hacía los tratos por teléfono, no lo he visto jamás.

—¿Qué tratos te hacía?

El euroasiático, que se sabía completamente en manos de Don Coldman, mucho más fuerte que él, habló sin pensar en las posteriores consecuencias.

—Él me telefonea. Me dice el sobre que debo poner en circulación.

—Vamos, explícame eso un poco mejor.

—Me envía al apartamento unos sobres con unas llaves y unos datos sobre el coche que debe ser robado, su matrícula, nombre del propietario, el lugar donde será robado y también el sitio en que debe ser abandonado.

—¿Y las llaves funcionan siempre bien, es decir, corresponden a los coches?

—Sí, todo sale bien como el patrón ordena. Sólo falló Mary que se estrelló, quizá porque estaba embarazada.

—Si no la hubieras tocado con tus sucias manos no habría muerto de la forma que lo hizo.

—¡Yo no sabía nada, lo juro, no sabía nada! —casi gimió.

—¿Y quién ha asesinado a Clare Hopkins?

—¿Clare Hopkins asesinada? ¡No puede ser!

Don vio tal susto en el rostro de Michael que le creyó inocente. Era, en efecto, un simple intermediario.

—Tu patrón juega duro, Michael y va a ir a la cámara de gas. Si quieres salvar tu pellejo, tendrás que ayudarme a encontrarlo.

—¿Y si me niego?

Una sonrisa fría, helada, brilló en los labios del periodista.

CAPÍTULO VII

—Te conviene hablar, Michael. Puedo hacer dos cosas contigo: Sacarte una fotografía y arrastrarte por medio de la Prensa, lo que equivaldría casi a una detención automática, o dejarte caer ahora mismo al acantilado.

—Está bien, está bien, yo solo me ganaba doscientos por coche. No es mucho para dejar la piel en este asunto.

—Veo que comienzas a ser comprensivo. —Lo apartó del abismo seguro de que ya no iba a rebelarse. Aquel rufián estaba derrotado y habría de ayudarle.

—¿Y cuánto ganan los que roban el coche como Mary Boanela?

—Doscientos también.

—El coche vale mucho más.

—Si se pudiera vender con facilidad, sí. Eso acarrea líos, complicaciones, mientras que este asunto es limpio y sin problemas. Te dan los datos del coche y las llaves. Sólo hay que dar un paseo con él y abandonarlo luego. No se sabe nada más del coche y pagan doscientos al que roba y doscientos a mí.

—¿Tú buscas a los ladrones?

—Que quede claro que yo no he robado. Después de todo, el que quiera dinero que haga algo para obtenerlo.

—Como la infeliz Mary, ¿verdad? —Lo abofeteó en el rostro.

Michael no se revolvió.

—Oldshoo quiere dinero por las drogas.

—Bien, ahora cuéntame. Tú buscas a los que necesitan dinero y les propones el negocio de darse un paseo en coche ajeno. ¿No es ese tu trabajo?

—Sí, a veces me vienen detrás. Todos desean un poco de dinero.

—Que trabajen. En fin, dejemos esa cuestión aparte y dime cómo te pagan.

—Dos días después de un trabajo, si todo ha salido bien, voy a lista de correos y allí tengo unos billetes de a cien que me están esperando.

—¿Y el apartamento que dices tienes?

—Allí recibo las llamadas telefónicas, es el medio de comunicarse conmigo. El patrón llama de diez a once de la mañana y me da las instrucciones. Yo no puedo ordenar un trabajo hasta que él da la orden primera.

—¿Aunque tú tengas las llaves con los datos del coche?

—Sí.

—¿El apartamento es tuyo o de él?

—Mío, me lo hizo rentar. Antes me llamaba a una cafetería, pero no lo creyó muy seguro.

—¿Dónde está ese apartamento? No mientas, porque puede costarte caro. Ese tipo ha hecho que mueran dos mujeres y tu hijo, ¿lo entiendes? Tu futuro hijo. Si no colaboras o me hicieras trampas, yo seguiría adelante y la policía también. Luego, terminarías en la cámara de gas, ¿comprendido?

—Sí, si ya colaboro. Estoy hablando demasiado, lo suficiente para que me peguen un tiro.

—Todavía no me has dicho dónde está ese apartamento.

—En la calle 120, apartamento ciento once, edificio Amarillo.

—Bueno, Michael, buscaré en la guía ese número de teléfono y yo también me pondré en contacto contigo. ¿Tienes algún trabajo pendiente por hacer?

—Sí, uno para mañana, pero el patrón debe ratificar la orden como siempre.

—¿Entre diez y once de la mañana?

—Sí.

—Bien. ¿Ya tienes a tu hombre o mujer para que tobe?

—Aún no.

—Pues lo escogerás esta misma noche. Todo irá normal.

—Sólo que tú prepararás una trampa.

—Yo estaré solo, no voy a comprometerte.

—Es un alivio. El patrón es un tipo duro, frío y calculador que no deja nada al azar.

—Bien, falta un punto por aclarar.

—¿Cuál?

—¿Dónde son abandonados los coches una vez robados?

—En la carretera sur, entre la milla sesenta y tres y la sesenta y cuatro, existe una carretera vecinal en desuso. Allí, bajo una gran

sequoia, es el lugar.

—Luego, se vuelve uno a pie y hace *auto-stop,* ¿no es eso?

—Sí, ellos siempre están vigilando. El patrón me ha advertido más de una vez que no trate de ser curioso que lo pagaría caro.

—De acuerdo, Michael. Prepara este trabajo como siempre, yo me encargaré de mí parte.

—¿Y si lo atrapan?

—Tú saldrás perdiendo, te lo digo por si se te ocurre hacer alguna tontería. Dejaré advertida a la policía de cuanto pienso hacer, de modo que colabora.

—Ya que no puedo hacer otra cosa, correcto pera ¿y si vienen haciendo preguntas?

—De mí no sabes nada.

—Michael se puso en pie trabajosamente y asintió con la cabeza.

Don Coldman quedó casi junto al borde del acantilado, de espaldas a él. Los ojos de Michael brillaron pero el repórter le advirtió con fría e irónica sonrisa:

—Si se te está ocurriendo que empujarme hacia el acantilado te soluciona todos los problemas, desiste de tu idea porque solo que hicieras un leve movimiento contra mí saltarías por encima de mí cabeza en dirección a las rocas del fondo, partiéndote el cráneo. He practicado demasiado tiempo el judo para que un tipo como tú pretenda sorprenderme.

—No, si yo no pretendo nada —dijo cobardemente, achicándose ante la superioridad física y psicológica de Coldman.

Lo dejó alejarse hacia el campamento por entre los pinos. Tenía ya un pacto con él y estaba seguro de que colaboraría.

Si su patrón había matado a una chica, él no desearía ir a la cámara de gas por doscientos dólares, y por el asunto de las drogas, era Oldshoo quien debía pagar a la justicia y no él. Dos negocios sucios encadenados. El uno traía consigo el otro pero él era un simple intermediario y no querría pagar un precio tan caro por un puñado de dólares.

Don Coldman, asqueado pero contento por las averiguaciones hechas en aquella visita, regresó al lugar donde dejara su «Ford-Mustang», medio escondido entre unos arbustos.

Al llegar junto al auto, hundió la llave en el hueco de la cerradura. Apenas había abierto la portezuela cuando alguien

interpeló a su espalda:

—Oiga, viejo, ¿ha parado aquí el «carro» para bajar a orinar?

El tono en que fueron pronunciadas aquellas palabras no le gustó. Se volvió lentamente y descubrió a tres rostros desconocidos.

Uno de ellos masticaba chicle y golpeaba una y otra vez la palma de su zurda con una pequeña porra de plomo revestida de caucho. El otro, portaba un pedazo de barra de hierro y el tercero, al cerrar sus puños, dejó al descubierto dos anillos de afiladas aristas que figuraron amenazadoras bajo la luz de la luna.

—¿Buscan pleito?

—No nos caen bien los reporteros entrometidos, ¿verdad, compañeros?

—Me conocen, ¿eh? ¿Acaso los envía el patrón?

Don Coldman sabía perfectamente que aquellos tres individuos no eran precisamente *hippies,* sino algo más peligroso.

Tres hampones que actuaban fríamente, unos sicarios probablemente a las órdenes directas del cerebro que robaba los automóviles.

—Quiere hacerse el listo antes de que lo zumbemos, ¿eh?

—Si no me queda otro remedio que aguantar Unos golpes, qué le vamos a hacer, claro que si me dijeran quién es su patrón estaría más conforme.

—Si se lo dijéramos —advirtió el del chicle— tendríamos que liquidarlo y tiene usted suerte, solo hemos de romperle unos cuantos huesos para que aprenda a no entrometerse en los asuntos que no le importan. Un mes, quizá dos en el hospital y luego a su casita; se habrá olvidado de todo.

—Mala suerte la mía —dijo con resignación ante aquellos tres matones que seguramente le habían seguido por el coche, pues de lo contrario habrían intervenido antes.

Estaba seguro de que le irían rompiendo los huesos uno a uno, sin piedad, sin importarles poco ni mucho lo que pudiera sufrir, más él no había llegado a Los Ángeles para que lo internaran en un hospital hecho un guiñapo idiotizado por la paliza. Decidió actuar.

El puntapié se lo llevó en el bajo vientre el tipo de la porra de caucho que lanzó un rugido de dolor llevándose ambas manos a la parte afectada, mientras brincaba hacia atrás.

—¡No pienses que vas a escaparte! —masculló el de la barra de

hierro.

Don paró el golpe con el antebrazo y tuvo la sensación de que le clavaban una estaca entre el cúbito y el radio o le pasaba la rueda de un tren por encima.

El tipo de los anillos consiguió acertarle en el rostro mientras estaba ocupado en enviar lejos al tipo de la barra férrea.

El brazo que había recibido el impacto estaba medio inutilizado, roas cambió unos golpes con aquel sujeto. Aprovechando un instante, se introdujo en el coche y lo puso en marcha.

El del chicle, que se había repuesto, trató de lanzar se al interior del auto, más Don le cerró la portezuela aprisionándole la mano dolorosamente.

La situación estaba fea, pero Don logró poner en marcha el auto y golpear con el morro al tipo de la barra de hierro, que se había repuesto ya y que rodó nuevamente por el suelo.

Coldman dio gracias al cielo porque las otras tres portezuelas estuvieran cerradas con llave.

—¡Hay que impedir que escape! —gritó el del chicle escupiendo rabioso la goma de mascar.

Reventó el cristal con la porra y trató de golpear la cabeza de Don, más el repórter, pese a llevar la primera marcha puesta, hizo roncar el motor, hundiendo el pedal del acelerador.

El «Ford» pasó por encima de los arbustos, haciendo rodar y gritar de dolor al tipo del chicle que quedó medio cogido por el hueco de la ventanilla que él mismo rompiera.

Consiguió soltarse y quedó atrás con sus tres compinches golpeados y sin su víctima.

Cuando se hubo internado entre el tráfico de la carretera general, de regreso a la city, Don suspiró aliviado.

—De buena me he librado —se dijo tocándose el rostro ligeramente—. Ese trío, por poco me tritura.

Se acordó de pronto de Priscila Perkins, la hermosa sargento de la policía femenina de Los Ángeles y condujo su coche en dirección a la avenida Slauson.

No tardó en pulsar el timbre del apartamento mientras pensaba que aquella noche estaba resultando movida.

Tardó unos instantes en abrirse la hoja de madera mostrando la silueta atractiva de Priscila.

—Hola, encanto. ¿Ha sobrado algo de cena para un hambriento?

—¡Don! ¿Qué te ha sucedido?

—¿A mí? —parpadeó asombrado.

—Sí, tienes la cara magullada —dijo mirándole la mejilla, donde había conseguido acertar el tipo de los anillos.

—No sé, debo haberme golpeado con alguna puerta sin darme cuenta.

—Eso es imposible, Don.

Para hacerle entrar en el apartamento, tiró de su muñeca izquierda y Coldman no pudo reprimir un quejido de dolor.

—¡Diablos, me había olvidado del brazo!

—¿El brazo también te duele? ¿Qué te ha pasado? Dímelo, ¿ha sido un accidente de tráfico?

—Lo del brazo será porque ayer hice demasiada gimnasia.

—Vamos, vamos, no bromees. Siéntate en ese sofá y quítate la chaqueta.

—¿Para qué?

Priscila no respondió, ya estaba en busca de su botiquín. No tardó en regresar cargada de potingues según Don.

—¿Te hace daño aquí? —preguntó apuntando a la muñeca del hombre, mientras sostenía en su mano un linimento de salicilato de metilo.

—No —dijo mirando el rostro preocupado de la fémina.

—¿Y aquí?

—¡Uy! —se quejó pensando que los ángeles, a veces, parecían tener tenazas por manos.

—Perdona si te he hecho daño. Ahora Don, respóndeme a una pregunta.

—Las que quieras, encanto.

—¿Tú eres muy hombre?

—¡Qué pregunta, cariño! —respondió arqueando cómicamente sus cejas y acercando los labios a la mejilla femenina.

—Pues si eres hombre, aguanta.

Don Coldman tuvo que ser muy hombre para soportar aquel masaje, pero no pudo evitar palidecer y maldijo al tipo de la barra de hierro, que tan brutalmente arremetiera contra él.

Pero, mejor era haber recibido en el brazo que en el cráneo pues de ser así, ahora no estaría siendo mimado por la bella Priscila.

Claro que, lo de mimado era un decir, porque Don Coldman estaba suponiendo cómo debían ser las torturas de la. Edad Media.

—Bien, ¿cuándo termina el martirio?

—No es cosa de broma, Don. Tienes una equimosis en el brazo que mejor será que te hagan una radiografía por si tienes un hueso partido.

—No hay para tanto, cariño. Los huesos de Don Coldman son algo más duros que todo eso.

—¿Y la cara? Debía ser la puerta de unos grandes almacenes para tener esas magulladuras.

—Cariño, se ve que también me he dado un golpe en el ojo porque me molesta mucho la luz que tengo delante.

—Ah, pues enseguida la apago. —Priscila tiró de la cadenita, dejando el apartamento con solo la luz que provenía del cuarto de aseo abierto.

—La mejor medicina eres tú, cariño.

—¡Eh espera! —protestó la joven, encontrándose ya cogida por la diestra de Don, que ceñía su cintura—. ¿No tenías hambre?

—La noche todavía es larga...

—¡Espera, espera!

Pero no esperó.

CAPÍTULO VIII

El euroasiático Michael caminaba preocupado hacia la tienda del patriarca Oldshoo, que no era otra cosa que un traficante en drogas, un demagogo, un hombre que sometía y abusaba de los imbéciles que le seguían, atándolos a él por la abulia, la pereza y especialmente la toxicomanía.

—¡Oldshoo! —interpeló.

Hubo de repetir la llamada varias veces desde el exterior.

El viejo de la túnica asomó la cabeza y miró a Michael casi con ira. El euroasiático sintió que los algodones que taponaban sus fosas nasales le molestaban profundamente.

—¿Por qué no ha venido Margareth a mí tienda?

Michael pensó que con el tropiezo con Coldman había olvidado el recado, más no podía explicarle a Oldshoo lo sucedido y montó una mentira.

—Me ha vuelto a sangrar la nariz y he tenido que renovarme los algodones.

—Así te desangres vivo. Cuando yo pido algo, se cumple.

—Que vaya otro a avisar a esa chica.

—Ahora ya me has estropeado la noche.

Michael pensó que la llegada de la policía, cuando se interesara por la muerte de Clare Hopkins, terminaría por estropearlo todo, pero a él no lo atraparían. En cuanto acabara el trabajo que debía hacer, se largaría del campamento para que la policía no se metiera con él y le hicieran responder a innumerables preguntas. Con la nariz taponada, no estaba para hablar demasiado.

—Vamos, Oldshoo, no se queje demasiado. Lo que es chicas no le faltan.

—¡Al diablo, Michael! No te metas en mis asuntos.

Michael suspiró cómo pudo. La respiración por la garganta le resecaba el paladar y la lengua.

—Sólo he venido a preguntarle algo, Oldshoo, no a incordiarle.

—Bien, ¿y qué es?

—¿Quién es el que anda peor de dinero? Ya me entiende, al que más falta le hace toma lo que usted le niega si no paga.

—Ah, ¿con que es eso? Bien, bien. A mí no me importa de dónde provengan los dólares mientras me paguen, porque yo he de pagar también a quienes me proveen de materia prima.

—Lo sé, Oldshoo, lo sé, pero dígame quién es. Tengo prisa para irme a dormir, me siento mal con esta nariz.

—El tipo ese, Coldman creo que se llama, te pegó bien, ¿eh?

—Sí —asintió entre dientes y conteniendo un ex abrupto en su garganta.

—Bueno, el sujeto que tú buscas es James, el de la guitarra roja.

—Ya, el que lanza los discos de música clásica al interior del océano como si fueran platíbolos.

—Sí. ¿Sabrás dónde encontrarlo?

—Descuide, sé dónde se cobija.

Michael se despidió de Oldshoo y fue en busca de James, que resultó ser un barbudo muy alto, de cabellos largos y rubios y brazos y piernas casi esqueléticas.

Michael tuvo que despertarle con un par de puntapiés entre las costillas. El *hippie* no dormía bien, estaba desasosegado. Michael sonrió. En efecto, a James le hacía falta aquello a lo que estaba habituado.

—Eh, ¿qué ocurre?

—¿Te hace falta dinero, James? —preguntó, poniéndose en cuclillas junto a él y procurando no ser oído por nadie más.

—¿Tú puedes proporcionármelo como otras veces, Michael?

—Por supuesto, si haces bien el trabajo.

—¡Yo no te he fallado nunca!

—De acuerdo, te daré el trabajo a ti. Mañana, a las once, te daré las instrucciones que deberás seguir estrictamente como siempre.

—¡Yo no fallo, Michael, yo no fallo! —dijo nervioso, mientras sus manos temblaban.

—En ese caso, ya puedo irme a dormir tranquilo. Cuento contigo, James.

—Sí, sí, mañana estaré donde siempre, junto a la cabina telefónica.

—Correcto, hasta mañana pues.

Michael, procurando no ser visto por sus compañeros de colonia,

subió a la carretera e hizo *auto-stop* para dirigirse a la ciudad.

Era paradójico que un individuo como él, involucrado en el robo de poderosos y lujosos automóviles, no tuviera el suyo propio y viajara en *auto-stop* como correspondía a su condición de *hippie* para que sus compañeros no renegaran de él.

Tardó más de veinte minutos en conseguir que alguien lo llevara y puso la excusa de haber sufrido un accidente en el que su apéndice nasal había resultado gravemente perjudicada.

Pronto llegó a su pobre y reducido apartamento en el edificio Amarillo, donde se entremezclaban las razas. Sus habitantes solo tenían una cosa en común: poco dinero.

Allí era corriente oír gritos en la noche, pateos, ruido de grifos y desagües y hasta carcajadas que sonaban súbitas en la noche.

Había varios apartamentos del edificio utilizados para las profesiones más bajas y execrables de la mujer.

Michael se estiró en su camastro, no sin antes colocar un sonoro despertador a escasas pulgadas de su oreja y haber tomado un par de somníferos. De lo contrario, con los mil ruidos propios de aquel edificio y los algodones dentro de su nariz, no habría podido pegar un ojo.

Quería reposar para estar en condiciones al día siguiente, pues imaginaba que no sería una jornada corriente y habría problemas que resolver, todos planteados por aquel entrometido llegado de Nueva York.

Cuando sonó el estridente timbre del despertador, Michael se incorporó en el camastro y meneó su cabeza gorda y redonda. La nariz le dolía profundamente y se acordó de Don Coldman y de su madre en sus mascullaciones.

Se empapó más que lavó el rostro. Buscó una botella de licor medio vacía y por todo desayuno tomó un largo trago.

Luego, se acomodó junto al teléfono, esperando a que este sonara.

Efectuó dos tragos más antes de que el timbre del aparato telefónico repiqueteara. Cogió el auricular y sin decir nada se lo colocó en posición de escuchar. Al otro lado, habló una voz que ya conocía bien.

—Michael, ¿va todo bien?

—Bien y mal.

—¿Mal, por qué? —preguntaron al otro lado del hilo.

—Han matado de un balazo a Clare Hopkins y ha muerto Mary Boanela.

—No sé por qué te molestas tanto, Michael. Tú estás vivo —significativamente, dando fuerza a las palabras, añadió—: todavía…

—Mary Boanela estaba encinta.

—¿Es que te has vuelto muy humanitario o tenías algo más que ver?

—Bueno, el hijo era mío…

—¿Seguro? Dicen que practicáis el amor libre. ¿Cuántos chicos tuvo Mary?

—Era mío, estoy seguro. Mary no era como las otras —chilló nervioso.

—Vamos, Michael, no te excites, es peligroso. Ya ves lo que le ocurrió a Clare, porque lo de Mary Boanela solo ha sido un accidente.

—Pero, ¿por qué ha muerto Clare? ¿No dijo que no habría sangre en este negocio?

—A veces, las situaciones se complican y hay que tomar medidas drásticas. Soy una persona muy lógica y todo lo que pueda ser un estorbo lo elimino. A mí nadie me conoce, Michael, en cambio yo los conozco a todos. Me es fácil enviar al infierno a quién constituya un posible peligro para mí. ¿Me comprendes?

Michael comenzó a sudar. Había comprendido. Él era un rufián habituado a mentir, a enlodarse a sí mismo y a quién se le acercara, pero la sangre le asustaba y más cuando era la suya propia la que estaba por derramarse.

Michael no tenía madera de héroe. Había hablado bajo la presión de Don Coldman y sentía sobre sí la amenaza de aquel ser cínico y frío, capaz de mata tranquilamente.

Para inhibirse de todo se atrevió a decir:

—Me agradaría dejar este asunto. Ya he ganado bastante, no quiero ganar más.

—Y luego, a soltar la lengua, ¿no?

—¡No, no diré nada!

—Michael, nadie empieza un negocio como este y lo deja.

—Yo no le conozco, no soy ningún peligro.

—Vamos, Michael, cálmate. Para que veas que soy comprensivo,

me harás cien trabajos y más y luego te dejaré libre con una prima especial de cinco mil dólares. ¿Te parece bien?

Al euroasiático no se le escapó que aquel hombre que le trataba como intermediario para no verse atrapado en el momento de efectuar un robo, era muy peligroso.

Se dijo que lo mejor era seguirle la corriente y que Don Coldman lo atrapara entregándolo a la policía. Era la única forma en que se libraría de ser asesinado.

—Sí, sí, es un buen negocio, estoy de acuerdo. Precisamente, siguiendo sus órdenes, tengo el sobre número cinco dispuesto para ponerlo en marcha y el hombre preparado.

—¿De veras?

—Sí, es James, un tipo con barba y muy delgado. Ya ha trabajado otras veces en este asunto.

—De acuerdo, pon el plan en marcha, pero antes vas a responderme dos cosas.

—¿Qué cosas?

Michael se inquietó y permaneció muy atento al auricular, dispuesto a responder inmediatamente lo que más le conviniera para no perfilarse en la mente del patrón como un elemento peligroso al que era preciso suprimir.

—Tienes la voz un poco rara, Michael, ¿por qué?

—Me di un golpe en la nariz y la llevo con algodones. Le aseguro que es molesto hablar, respirar y beber por la boca todo junto.

—¿Cómo te has enterado de que Clare Hopkins ha muerto de un balazo?

—Lo han comentado por el campamento de la playa.

—Pero tú no estabas allí cuando la policía se ha presentado para hacer algunas averiguaciones sobre la chica, aunque no han arrestado a nadie.

—Bueno, yo, al enterarme de que la chica había muerto, he procurado estar lejos del lío para que la policía no me interrogara. Con la nariz que llevo sería engorroso responder.

—De acuerdo, Michael, tienes respuesta para todo, que en adelante sigas lo mismo. No me gustan los fallos. Ahora, pon el sobre número cinco en marcha, ya se encargarán de recoger el automóvil. Di al tal James que se apresure a regresar por la

carretera, lo estaremos vigilando. No nos gustan los mirones y si él cometiera una estupidez, serías tú quien lo pagara.

—Todo saldrá bien, como siempre.

El patrón ya no le escuchaba. Michael pudo escuchar el sonido característico de ser colgado el auricular.

Debía ir a avisar a James cuando de nuevo sonó el timbre del teléfono. Michael dudó en cogerlo, a veces se equivocaban, pero quizá fuera Don Coldman.

—Michael, he oído que comunicabas. ¿Ha sido con tu patrón?

—Sí, Coldman.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que me mandaría al infierno como a Clare Hopkins si le traiciono.

—Es un sujeto expeditivo tu patrón, ¿eh?

—Sí, y tengo miedo —dijo esta vez sinceramente.

—Si ese asesino es atrapado, podrás respirar tranquilo, antes no y tú lo sabes.

—Sí, claro. He de poner el plan en marcha. Un barbudo, James, robará un automóvil, pero no haga intervenir a la policía. Si descubren mirones me enviarían a mí al infierno.

—Yo no soy policía, Michael, solo un repórter de Nueva York.

—Está bien, pero, ¿cómo piensa atraparlo?

—Eso es asunto mío. No quisiera que te vendieras a tu patrón y salir yo con el balazo en el cráneo. Tú pon al barbudo en marcha y luego regresa al apartamento y quédate al pie del teléfono por si vuelvo a llamarte.

—¿Y si me marcho?

—Te denunciaría a la policía y te aseguro que te cazarían como a un conejo. Las cosas se pondrían muy feas para ti después de haber dos mujeres muertas. A los jurados suele impresionarles mucho si una chica muerta, además de ser joven, estaba embarazada.

Luego, colgó.

CAPÍTULO IX

Don Coldman se lamentó de tener que separarse de la hermosa Priscila. Por otra parte, ella había tenido que acudir a sus labores policiales.

Había elegido un buen punto de observación al otro lado de la autopista general que conducía a Los Ángeles.

Desde el lugar donde se hallaba, con los potentes prismáticos y la poderosa cámara fotográfica a la que había acoplado una lente de aumento para hacer fotografías a gran distancia, controlaba perfectamente la zona. Aquella máquina se la había prestado un compañero de Prensa gráfica de Los Ángeles y con ella podía fotografiarse un reloj de mujer y ver su hora a más de una milla de distancia.

El puesto de observación no estaba muy lejos de una cabina pública de teléfonos perteneciente al cinturón de Los Ángeles.

Tenía tiempo por delante y se dispuso a pasarlo fumando, pero siempre con la máquina preparada. Desde la altura en que se hallaba, divisaba todos los coches que circulaban por la autopista, los que se desviasen por la carretera vecinal y también la sequoia junto a la cual debía dejarse abandonado el «Ford», según Michael.

«Como salga mal esto, ese *hippie* de los ojos de almendra se acordará», se dijo mientras consumía su tercer cigarrillo.

Don miró a través de los cristales de aumento, viendo perfectamente al barbudo. Graduó la lente y disparó su primera fotografía. Luego, siguió observando.

El automóvil se detuvo al pie del gran árbol como estaba acordado.

James se apeó, observando receloso en derredor. Quizá tenía la impresión de ser espiado por alguien y no sabía desde dónde.

Coldman le hizo una nueva fotografía al pie del coche. Luego, el barbudo cerró la portezuela y regresó a pie hasta la carretera. Una vez en ella, hizo *autostop* y consiguió que le llevaran.

A través del cristal de aumento, Don Coldman observó la

matrícula del «Ford-Mustang» y la anotó en su bloc. Siguió esperando.

Si llamaba a la policía en aquellos momentos, los ladrones de automóviles, recelosos tras los sucesos habidos, echarían a volar y no habría forma de cazarlos.

Al fin, apareció por la carretera vecinal un gran camión de transporte.

—Puede que ese camión no tenga nada que ver en este asunto, pero lo fotografiaré al lado del turismo.

Cuando pasaba junto al «Ford», lo fotografió.

El camión siguió adelante, más luego maniobró colocándose tras el «Ford». Retrocedió hasta aproximarse a él.

Don le dedicó una nueva fotografía, aunque no podía ver al turismo por hallarse tras el gran camión. Anotó la matrícula del transporte y aumentó el poder de la lente hasta conseguir ver el rostro del sujeto que estaba al volante. Lo reconoció inmediatamente como el que la noche anterior mascara chicle.

—No cabe duda, son ellos.

No tardaron en aparecer los otros dos tipos que pasaron a la cabina, no sin antes ser fotografiados por Don.

Cuando el gran camión se puso en marcha, abandonando el lugar, el «Ford-Mustang» había desaparecido.

—Es un buen medio de llevárselo, dentro de un camión —se dijo Coldman, guardando rápidamente sus aparatos.

Corrió hacia la cabina telefónica. Echó unas monedas y marcó un número, no tardando en escuchar la voz de la sargento Perkins.

—¡Diga!

—Hola, encanto.

—Don, ¿eres tú? ¿Cómo te va todo ese plan que no has querido contarme?

—Era por si no salía bien, por si me habían gastado una broma.

—¿Y ha ido bien?

—Perfectamente, cariño, pon en movimiento la máquina policial. Un «Ford-Mustang» ha sido robado y yo he presenciado el delito.

—¡No me digas!

—Vamos, Priscila, comunica a los patrulleros de la zona que sigan a un camión de gran tonelaje con toldo verde, matrícula…

—Un momento, que la apunto.

Don le dio la matrícula del transporte y también la del «Ford» robado.

—¿Estás seguro de que ha ocurrido como dices?

—Sí, yo lo he visto, y si dais caza al camión que ha tomado la dirección sur por la autopista general, lo comprobaréis. Dentro van tres tipos peligrosos.

—¿Y cómo sabías tú todo eso?

—Alguien me ha dado el soplo, pero ya hablaremos más adelante de este tema, encanto.

—Bien, Don, voy a pasar el recado. Parecen buenos datos y es posible que sean atrapados los ladrones.

—Eso espero, cariño. Ya nos veremos luego. —Y colgó.

Don ardía en deseos de ver qué tal habían salido sus fotografías. Si eran correctas, bastarían a la policía para reconocer a los delincuentes y el camión utilizado.

Ciertamente, unas fotografías no eran prueba evidente en una corte, pero sí podían servir para presionar y acorralar a los delincuentes.

Por otra parte aquellas instantáneas, en el reportaje que estaba haciendo, serían una bomba de la que no se repondría su redactor jefe.

Además, ansiaba cargarse a aquellos tipos que mataban a sangre fría, robaban y habían tratado de propinarle la mayor paliza de su vida.

Timmy Fuller, su amigo y repórter fotográfico, se alegró de verle de nuevo y con la cámara intacta.

—No te la he roto, viejo. Aquí la tienes sana y salva.

—Es un alivio, me costó una fortuna. ¿Cómo te ha ido?

—Aún no lo sé. He de ver primero las fotos que he hecho.

—Entonces, pasemos al cuarto oscuro.

Fuller reveló las fotografías. Mientras iban apareciendo los resultados, como buen experto que era opinó:

—Las fotografías son buenas compadre, solo que no veo su importancia. Un coche, un barbudo, un camión y el mismo coche de antes. Luego, el camión solo y tres tipos en el camión…

—A ver, déjame… Magnífico —aplaudió el propio Coldman—. Incluso, las matrículas se ven perfectamente.

—Oye, cuéntame lo que ocurre.

—Ahora no puedo, Timmy, antes tengo que llamar a un tipo y decirle que su trabajo ha terminado, que es mejor que se entregue a la policía.

—¿A la policía, por qué?

Don llamó por el teléfono de Fuller, marcando el número del apartamento de Michael.

—¡Qué raro!

—¿Qué ocurre, Don? —preguntó Timmy Fuller mientras colgaba las fotografías a secar en el tendedero.

—Están comunicando.

—¿Comunicando? Eso no es raro, a mí me ocurre siempre.

—Pero en el caso del hombre que estoy llamando no es corriente. Mejor será que vaya a ver qué ocurre.

—Me parece que te preocupas por nada, Don.

—No lo sé hasta que lo compruebe y eso debo hacerlo inmediatamente. Me voy.

—¿Y tus fotos?

—Sécalas bien, luego regreso por ellas.

—¡Eh, tomado, espera!

—¿Qué quieres?

—A lo peor no estoy cuando regreses.

—Pues déjame una llave.

—De acuerdo, pero no me llenes esto de chicas; lo revuelven todo.

—Descuida, no estoy tratando asuntos de faldas ahora.

Y tomó la llave que su compañero de la Prensa le arrojaba al aire.

Don pisó a fondo el acelerador para llegar cuanto antes al apartamento del euroasiático. Tenía el presentimiento de que las cosas no marchaban bien.

No le fue difícil localizar el edificio Amarillo y subió la escalera rápidamente. Llamó a la puerta insistentemente sin obtener respuesta.

La puerta no tenía un aspecto muy robusto. Don miró a un lado y a otro, no vio a nadie y sí escuchó muchos y heterogéneos ruidos.

—Uno más no importará —se dijo. Y descargó el talón de su pie derecho contra la cerradura.

Esta saltó y Don entró en el pequeño y sucio apartamento. Olía a sudor, a alcohol. Había una mesa volcada y el teléfono se hallaba en el suelo, con el auricular separado de la horquilla.

Halló a Michael al pie de la ventana.

Su aspecto no era nada consolador. Le habían metido un balazo entre las costillas y debía haber tocado el corazón, pues el efecto había sido fulminante.

Michael estaba muerto y, sin embargo, muy caliente. La muerte era recientísima, el asesino no podía andar lejos.

—Se han dado prisa en eliminar a este infeliz —masculló.

Cerca de los pies de Michael descubrió unos sobres marcados con distintos número. Sin llegar a levantarse, en cuclillas, se acercó a ellos.

Tomó uno y notó que dentro había una llave. Lo abrió exponiéndose a que la policía lo amonestara por ello, pero sin importarle leyó su contenido.

—Están todos los datos precisos para robar un coche «Ford-Mustang».

Su sexto sentido le advirtió en aquel instante de que corría peligro un peligro tan inminente como mortal.

Volvió la cabeza, más no pudo hacerlo del todo. Escuchó como un taponazo de champaña y luego, nada. Una oscuridad total, un silencio impresionante, así debía ser la muerte.

Cuando Don Coldman recobró el conocimiento, lo primero que hizo, sin abrir los ojos, fue llevarse la mano al cráneo. Le dolía profundamente.

Se palpó la herida y se percató de que la sangre estaba reseca. Abrió los ojos y a través de la ventana vio que la noche había llegado. Junto a él, seguía el cadáver del euroasiático.

—Está frío —se dijo—. ¿Cuántas horas habrán pasado?

Se sentó en el suelo. Sentía náuseas y la cabeza le dolía terriblemente. Se dijo que la bala debía haberle dado de refilón al girar él la cabeza y tal circunstancia le había salvado la vida, pues sin duda el asesino había tirado a matar.

Viéndolo herido en la cabeza, lo había dado por muerto, pues era muy difícil que alguien escapara a la muerte con un proyectil en el cerebro.

Sosteniéndose contra las paredes, consiguió llegar al cuarto de

baño.

Se mojó la cabeza bajo el grifo, refrescándosela y lavándose la herida que no había sido de consideración, pues solo le había abrasado ligeramente la piel del cuero cabelludo.

Era como si hubiera recibido un fuerte golpe con algo contundente y metálico y Don Coldman tenía la cabeza demasiado dura para sucumbir con tanta facilidad.

Repuesto en parte, aunque no podía escapar al dolor de cabeza, recordó lo sucedido y se lamentó de no haber podido ver ni la cara ni el cuerpo de su atacante.

—Los sobres numerados han desaparecido.

La puerta del apartamento estaba ajustada como si el asesino hubiera pretendido ganar tiempo haciendo que la policía se enterara tarde del doble crimen cometido allí dentro.

—Por lo visto, he llegado cuando acababa de asesinar a Michael.

Buscó en vano una prueba contra el criminal. Al fin, se encaró con el teléfono que, aun siguiendo en el suelo, había sido colgado.

«El asesino es un tipo meticuloso», pensó al observar aquel detalle.

Ahorquillando el auricular, había evitado que en la compañía telefónica pensaran que aquel aparato se había estropeado.

Comprobó que la línea funcionaba y llamó a la comisaría general de policía.

—Póngame con el departamento de automóviles robados.

—¿Diga?

—Usted debe ser Peterson, ¿verdad?

—Sí, ¿qué desea?

—Póngame con la sargento Perkins.

—Aguarde.

Instantes después, la voz de Priscila interrogaba:

—¿Con quién hablo?

—Hola, encanto.

—¡Don!

—El mismo y que sigue con los pies en este mundo, cariño.

—¿Te ha ocurrido algo? —preguntó la voz femenina trasluciendo angustia.

—Verás, creo que me he dado un golpecito en el cráneo, poca cosa, pero el tipo que tengo cerca de mí parece que no ha tenido

tanta suerte.

—No te entiendo. ¿Qué tratas de decirme?

—¿Te acuerdas de Mary Boanela?

—Sí, naturalmente.

—¿Y de que iba a tener un hijo?

—Sí.

—Pues yo he hallado al padre.

—La verdad es que yo tengo unas cuantas cosas que decirle a ese rufián.

—No creo que puedas, cariño.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Está frío, demasiado frío para pertenecer al mundo de los vivos.

—¿Se ha muerto?

—Yo más bien diría que le han puesto un balazo en el corazón.

—¡Dios mío! Entonces, supongo que tu golpecito…

—Bah, solo es un balazo en el cráneo.

—¿Quéeee? —exclamó aterrada por lo que estaba oyendo.

—No temas, no telefoneo desde el infierno. Resulta que mi cabeza ha sido demasiado dura para la bala del asesino. Por cierto, ¿cómo ha ido la caza del camión?

—Siento decirte que mal. Nadie ha visto ese camión, ni siquiera está clasificada su matrícula.

—¡No me digas!

—Su matrícula pertenece a un turismo marca «Chrysler», que ya ha sido convertido en chatarra.

—Esos tipos trabajan bien, lástima para ellos que se han tropezado conmigo.

—Don, el capitán Wilson está furioso por haber movilizado a la policía para perseguir a un camión que no existe, que nadie ha visto.

—No te apures, cariño. Todo irá bien.

—Me temo que tiene deseos de regresarte a Nueva York en un reactor, tal como prometió.

—¿Y tú qué harías si me fuera volando?

—Don, no sigas con tus ironías. La situación es difícil.

—Y que lo digas, Priscila, pero creo que el capitán «coco» se convencerá algo más de que no estoy gastando una broma, cuando

se lleven este cadáver de aquí.

—¿Estás seguro de que el asesino de ese hombre es el que roba los automóviles? En Los Ángeles, se cometen crímenes a diario y pertenecen al departamento de Homicidios, no al mío.

—Priscila, cuando extraigan el proyectil del cuerpo de este sujeto llamado Michael no será difícil comprobar que la pistola con que ha sido disparado es la misma que utilizaron para matar a Clare Hopkins. Incluso, en alguna pared de este apartamento estará incrustada la bala que quería dejar dentro de mí sesera.

—Si tú lo dices…

—Vaya, al parecer ni tú misma me crees.

—Es que el ambiente que hay aquí con respecto a ti no es muy favorable. Existe la sensación de que te estás burlando de todos, nadie olvida el petardo que le pusiste al cigarrillo del capitán Wilson.

—Dile al capitán Wilson que dentro de una hora estaré con él y que tenga a su lado a la plana mayor. He de mostrarles algo importante.

—¿El qué?

—Unas fotografías.

—¿De qué?

—Ya las verás cuando las lleve, cariño. Hasta luego. Dentro de una hora estaré con vosotros, y espero que el capitán Wilson no me dé una dentellada en la yugular antes de dejarme hablar.

CAPÍTULO X

El «Mercury» sedán verde claro se introdujo por el camino vecinal que conducía a la costa por el pequeño valle casi fronterizo al que no le faltaba el agua en un lugar donde el calor era intenso y si la tierra carecía de agua, se resquebrajaba y apenas podían vivir las alimañas entre las grietas. A lo lejos, hacia el Este, las grandes Montañas Rocosas.

Pasó junto a unos densos maizales que crecían a ambos lados del camino vecinal. Una milla después, aparecieron los colores verde oscuros de los naranjos californianos.

La plantación de naranjos que tenía a su derecha estaba cercada en su totalidad por una alambrada de dos metros de altura que se hundía en la tierra sostenida por postes de hormigón que la tensaban. En lo alto de la misma, un triple alambre de espinos advertía amenazador que era peligroso tratar de cruzar la cerca.

El «Mercury» siguió adelante por la carretera polvorienta, brincando al compás de los socavones que hallaba a su paso.

Los naranjales, a todo lo largo de la plantación, se veían repletos de frutos, algo mayores que pelotas de ping-pong y verdes, pero que prometían una gran recolección de las sabrosas naranjas californianas.

A través del parabrisas podía verse ya el azul del mar. La gran luna brillaba sobre el agua casi llana, constituyendo un espectáculo digno de ser contemplado.

Los faros del auto taladraban aquella semioscuridad, pues gracias al astro nocturno su conductor hubiera podido seguir adelante sin ellos, aunque prefería no exponerse a ningún tropiezo, tropiezo que no era precisamente de choque.

A intervalos, al ser alcanzadas por los conos de luz alguna alimaña cruzaba la polvorienta carretera. Otras veces, los rayos lumínicos barrían las copas repletas de frutos de los naranjos.

Se escucharon fuertes ladridos que no inquietaron al chofer que siguió adelante hasta llegar a la misma playa, donde terminaban los

naranjos. Allí, dobló, enfrentándose con la entrada formada por una estructura de hierro y forrada también con el mismo tipo de alambrada que cercaba la mansión totalmente.

Dejó las luces cortas encendidas y pulsó el claxon con dos cortos, dos largos y cuatro cortos. Luego, repitió la llamada.

Al fin, se abrió la cerca y un hombre se enfrentó con el automovilista recién llegado. El sujeto de la puerta llevaba dos anillos en sus manos que fulguraron a la luz de los faros.

—¡Adelante!

Con el pulgar señaló hacia el interior de la hacienda mientras contenía a dos mastines negros por las correas del cuello. Los canes no cesaban de ladrar mirando al que para ellos no era más que un intruso.

El chofer del «Mercury» pisó el acelerador y se introdujo en la hacienda. Tras él, la cerca tornó a cerrarse.

Los faros del coche iluminaron una casa de madera y tejas del mismo material. No era grande ni lujosa, pero sí práctica.

Su porche miraba al océano, cuyas olas batían a unas cincuenta yardas como máximo.

Aquella plantación daba a una bahía muy abierta, de muchas rocas y poca arena. Por la formación geológica del lugar, tenía profundidades importantes, suficientes para que un barco de gran tonelaje maniobrara con la debida cautela para no estrellar su casco contra los grupos rocosos. Hasta cinco barcos podían guarecerse allí.

Pegado a las rocas existía un muelle de madera, cuyas columnas se hundían en las aguas y se hallaban humectadas de alquitrán. La parte alta del muelle, de unas ciento cincuenta yardas de longitud, estaba reparada de nuevo. Las tablas carcomidas por la humedad, el salitre y la fauna y flora oceánica, amén del calor, habían sido sustituidas por otras nuevas y ensuciadas luego para que la reparación no se viera desde cierta distancia.

Cuando el «Mercury» se detuvo, un mastín negro y con los ojos brillantes y enrojecidos como el mismísimo Satanás, se lanzó contra la portezuela ladrando amenazador y mostrando sus fauces capaces de despedazar el cuello de un ser humano de una sola dentellada.

El hombre del «Mercury» se apresuró a cerrar los cristales de la ventanilla antes de que una de aquellas fieras se metiera dentro con

sus cincuenta o sesenta kilos de peso, despedazándolo.

Cuando hubo cerrado los cristales, respiró algo más tranquilo pensando que aquellas feroces bestias no sabían abrir una portezuela.

Pulsó el claxon con intermitencia hasta que el cono de una linterna apareció súbitamente ante él, iluminándole el rostro.

El conductor era un hombre de unos cuarenta años, algo grueso y lucía un bigote espeso. Su tez estaba tostada por el sol quizá tuviera ya algún tinte de origen étnico.

Aquel hombre era un hispanoamericano. ¿País? No importaba cualquier república centroamericana podía ser su patria y ante las molestias que sentía, mascullaba en español, idioma que conocía a la perfección.

El mastín, ahora acompañado por otro, se calmó y su correa, erizada de gruesas púas que impedían que el animal fuera yugulado por otro can, oso, lince o puma que bajara de las montañas, fue unida a una gruesa cadena.

—Ya puede salir —le dijeron en inglés.

—¿Seguro que esas bestias no me van a arrancar la carne de los huesos? —inquirió, receloso.

—No tema, ya están encadenados.

El centroamericano que hablaba un mal inglés, casi primario, abandonó el coche y observó a los dos hombres que tenía frente a sí, mientras el tercero que le había franqueado la entrada se acercaba por el camino.

—Creí que ese perrazo me mataba —dijo, señalando al que se había lanzado contra la ventanilla.

El tipo, que llevaba un eterno chicle en la boca, respondió:

—Ellos son los vigilantes del naranjal. No salen de la cerca, pero no dejan que nadie se interne en la plantación.

—No me extraña que nadie consiga meterse aquí dentro. ¿Cuántos perrazos como esos hay?

—Seis, todos ellos hijos de la misma madre.

—Así se ven de bestias, lo que no entiendo es cómo no arremeten contra ustedes —observó en su mal inglés.

—Ellos atacan a todo el que se introduce en la cerca, aunque fuéramos nosotros —dijo el más alto de los tres.

—Han entrado dos vagabundos en distintas ocasiones.

—¿Y qué sucedió?

—¿Qué iba a suceder? —sonrió cínicamente el tipo de los anillos —. Fueron atacados y estas bestias trituran hasta los huesos con sus mandíbulas. Apenas pudimos enterrar nada. Casi siempre los mantenemos con hambre para que sean más fieros.

—Todavía no me han dicho cómo los respetan a ustedes estos diablos negros.

El tipo de los anillos levantó uno de sus pies y lo movió. Un par de pequeños cascabeles tintinearon.

—Ellos obedecen este ruido. Unos pasos con sonido de pequeños cascabeles no significan peligro, han sido entrenados de esta forma.

—¿Quiere decir que a ustedes mismos, sin los cascabeles, les atacarían?

—Los cascabeles les dan comida, caricias o estacazos. A los cascabelitos es a lo único que tienen respeto. Pobre del que entra en la plantación no llevándolos. Ya le digo, apenas queda qué enterrar. Las bestias como estas no comen, engullen y si no terminan en una sola comida, nosotros no somos precisamente quienes los apartamos de los despojos.

—Por favor, ¿no tienen un juego de esos cascabeles para mí?

—No, González. No se separe de nosotros y nada le sucederá. Ellos ya oyen nuestros cascabeles y es suficiente. Claro que si se separa, es inútil hasta que lleve pistola, pues estas bestias de piel negra surgen de la oscuridad como una exhalación y le parten el cuello a uno en un abrir y cerrar de ojos. No da tiempo a defenderse.

—Bien, veré de no separarme un paso de ustedes.

Los tres norteamericanos rieron socarrones ante el miedo demostrado por el hispanoamericano hacia aquellos mastines de ojos inyectados en sangre que continuaban mirándolo con hostilidad, pese a no ladrar en aquellos momentos.

—De acuerdo, González. Ahora, creo que será mejor hablar de nuestro negocio —observó el del chicle.

—Sí. ¿Dónde está vuestro patrón?

—No ha podido venir esta noche. Tienes ciertos asuntos que resolver.

—¿Precisamente esta noche? —exclamó asombrado.

—¿Y qué más da? —le replicó el tipo de los anillos. —Mañana

en la noche, si todo va bien, será el embarque. Según el parte meteorológico la mar estará llana y el mercante podrá entrar en esta bahía sin problemas.

—Magnífico, es lo que espera el patrón.

—Yo debo dar la orden al mercante que espera en las aguas jurisdiccionales de Méjico, como si estuviera de paso por el vecino país, para que venga hacia acá, cargue durante toda la noche y al amanecer parta para mí república.

—No tema, González, todo estará listo para el primer embarque —le respondió el de los anillos.

—¿Quinientos «Ford-Mustang»?

—Sí. Estamos completando ya para el segundo embarque, pero el primero lo podrá cargar con mucha facilidad mañana en la noche; si se dan prisa, claro —dijo el del chicle.

Su compañero agregó:

—En todos los coches hay gasolina para llevarlos al embarcadero. Luego, las grúas del barco harán el resto.

—Para ir más aprisa, se utilizarán las grúas para la bodega superior y una rampa pasarela para la inferior, por dónde deberán introducir los coches rodando con su propio motor.

—Descuide, se hará como diga, con tal de acabar cuanto antes —respondió el del chicle.

—El patrón nos ha encargado que preguntáramos por los pedruscos —dijo el de los anillos.

—Les pagaremos con las esmeraldas en el momento que los coches vayan subiendo a bordo. Sin embargo, antes debería darles una mirada, es decir, ahora.

—No se fía, ¿eh, González? —rio el del chicle, dejando ir un poco de cadena a uno de los mastines para asustar al hispanoamericano.

González sabía perfectamente que no le soltarían el mastín y aguantó estoico la broma.

—Esos coches son robados y es lógico que tengamos nuestros recelos. El general Tagua quiere estar seguro de lo que compra.

—¿Habéis oído, compañeros? Nos llama ladrones en nuestra misma cara —observó riendo el del chicle.

El tipo de los anillos arguyó:

—Es cierto que somos ladrones, pero ustedes también lo son,

puesto que compran coches robados a cinco mil dólares de promedio la unidad y pagan con esmeraldas. Unos autos que, adquiridos en el mercado americano o internacional, les costarían, aún de segunda mano, de veinte a treinta mil, según como estuvieran. Son coches muy nuevos y veloces y ustedes pagan una miseria por ellos.

—Menos les ha costado a ustedes —replicó González.

—Tenemos gastos —aclaró uno del trío—. Hay que mantener esta plantación y pagar a los colaboradores.

—Como máximo les saldrá de gastos a mil dólares por unidad, incluida la conservación. Ganan cuatro mil dólares por coche, ya que el embarque lo paga el general Tagua. Son dos millones de dólares de ganancia neta pagados con esmeraldas y luego vendrán otros embarques. Para conseguir la libertad de nuestro pueblo ya hemos comprado armas, pero necesitamos medios de transporte. Quisiéramos *jeeps* y tanques, pero no podemos pagarlos por ahora.

—En cambio, sí pueden costear nuestros coches con las esmeraldas que roban en los mismísimos yacimientos —rio el del chicle.

El tipo de los anillos añadió:

—Los «Ford-Mustang» son veloces, podrán desplazarse por su país de un lado a otro y dar golpes en distintos lugares sin que puedan cazarlos. Van a marear al actual presidente de su nación y solo con ponerles unas planchas de acero de una pulgada en los lados, hasta podrán enfrentarse en batalla abierta a las fuerzas gubernamentales. Es un genio el general Tagua, va a utilizar coches de serie, poderosos por supuesto, para sus guerrillas. El trabajo será para las fuerzas del presidente, si tratan de seguirlos debido a la gran velocidad que pueden desarrollar los coches que les vendemos. Claro que estoy seguro de que muchos de sus hombres se estrellarán al no estar acostumbrados a conducir autos tan rápidos.

—Sí, ha sido una táctica genial por parte del general Tagua. Seremos más rápidos que las fuerzas gubernamentales, podremos atacar cuando lo creamos conveniente y por sorpresa. La jungla es un buen lugar para esconderlos sin que la aviación los descubra. Ahora, caballeros, preferiría dar un vistazo a los coches que han de embarcarse.

—Nosotros también hemos tenido la idea de esconderlos bajo la

vegetación —dijo el del chicle, señalando hacia atrás.

Pronto pudo ver González los coches que iban a comprar, ocultos bajo los frondosos naranjales de copa baja. A su vez, los vehículos estaban cubiertos por plásticos de color verde oscuro, muy semejante a las hojas de los naranjos.

Al ver los cientos de coches allí camuflados tuvo que opinar:

—Perfecto, aquí no podrían descubrirlos ni los helicópteros de la policía costera. Saben hacer su trabajo. Creo que el general Tagua tendrá mucho gusto en seguir siendo su cliente, siempre que los coches sean de las matrículas pedidas y no nos den máquinas viejas por nuevas.

—No tema, González, los autos son de buena calidad. El mismo jefe los elige cuidadosamente antes de ser traídos hasta aquí.

—Entonces, ya no me queda nada más que hablar.

Mañana por la noche efectuaremos el embarque. Ustedes cuidarán de que no haya policía por este sector.

—Por supuesto, nosotros haremos que duerman, ¿verdad, compadres? —inquirió el del chicle.

González se despidió introduciéndose en su coche. El de los anillos, haciendo tintinear sus pequeños cascabeles, se acomodó junto a él para franquearle la verja.

Atrás quedaron los dos ladrones norteamericanos comentando:

—Muchas ínfulas de revolucionarios, de libertad al pueblo y lo que quieren es convertirse en los nuevos dictadores de su nación, como todos. ¡Puaf, gentuza! Claro que mientras paguen tendremos que aguantarlos.

* * *

—Encanto, ¿está el capitán Wilson en su despacho?

—Don, cariño, tienes muy mala cara —le respondió Priscila Perkins.

Lo besó en los labios sin importarle estar delante de sus compañeros. Todos los que allí laboraban en defensa de la ley comprendieron que lo que nadie había conseguido antes, acababa de suceder. Priscila Perkins no era una mujer que se prodigase y sin embargo, acababa de besar a un hombre. Aquello era noticia dentro de la comisaría general de la policía Metropolitana, en Los Ángeles.

—Será porque no he comido en todo el día.

—¿Y por qué no has comido?

—No he tenido tiempo, estaba dormido. —Pensó en el dolor que le hacía el cráneo en el lugar donde le rozara la bala.

—¿Dormido? No entiendo...

—Ya te contaré en otro momento. Ahora, no hagamos esperar al capitán Wilson.

—Está con el teniente Benson y el teniente Cameron de la veintiuna, que es quien se encarga del caso de Mary Boanela y el accidente del coche que la mató. También está el capitán Howard, de Homicidios.

—¿Es el que va a cuidarse del asesinato de Michael?

—Sí, y está furioso porque no te hallabas en el lugar del crimen cuando han llegado sus hombres a recoger el cadáver.

—Es que tenía que pasar a recoger algo importante. Vamos, no les hagamos esperar más.

Pasaron al despacho y se realizaron las presentaciones oportunas. El capitán Charles Wilson dijo molesto:

—¿Por qué ha abandonado la escena del crimen?

—Debía irme a curar esto —señaló la pequeña herida de la cabeza—. Por poco me introducen la bala en el cráneo.

—Coldman —masculló el capitán Wilson—. Su llegada solo ha provocado disgustos y problemas. He enviado a todos los patrulleros en busca de su camión fantasma y nadie lo ha visto.

—Pero, ¿han hecho la llamada a los patrulleros inmediatamente después de dar yo el aviso?

—Sí, Don, yo me he encargado de eso —asintió Priscila.

—En ese caso, es que el camión ha desaparecido en un radio de acción corto en la carretera sur que conduce a la frontera.

—Vamos, vamos, Coldman —dijo socarrón el teniente Cameron —. Nadie se va a tragar eso. Aquí todos estamos convencidos de que el camión no existe, que ha sido un invento suyo para dar más fuerza a su reportaje, pero me temo que no va salirse con la suya.

—Pero, ¿y Michael asesinado y mi herida de la cabeza? ¿También es un cuento chino?

—Todo este lío ya lo averiguaremos y, por supuesto, la muerte de Clare Hopkins —advirtió el capitán Howard, de Homicidios.

El teniente Benson observó:

—Me temo, Coldman, que se ha metido usted en un buen lío. Quizá no sea más que un maníaco de los grandes reportajes y esté confeccionando el suyo propio asesinando a sus víctimas. No sería el primero que pretendiera llamar la atención del mundo cometiendo crímenes absurdos, ya llevamos varios casos en nuestro país.

—¡Teniente Benson, eso es ridículo! —cortó Priscila.

—Sargento Perkins, no olvide que soy su superior —advirtió Benson molesto.

El capitán Wilson suspiró. Cruzando los dedos delante de sí advirtió grave:

—Me temo que el capitán Howard va a investigarlo a usted, Coldman.

Don sonrió irónico. Sacó un cigarrillo de su pitillera y ofreció a los demás. Nadie aceptó.

—¿Es una detención en regla? —preguntó.

—Pero, ¿qué están diciendo? ¿Y su herida del cráneo? —inquirió Priscila Perkins, visiblemente irritada.

—Cualquiera puede producirse una herida leve voluntariamente —advirtió el teniente Benson—. En la guerra, eso es cosa frecuente, hasta hay quien se inutiliza un brazo o una pierna de un disparo. El señor Coldman, después de todo, ha sido más precavido, solo un disparo rozándose el pelo. Además, cuando murió la chica esa, creo que se llamaba Clare Hopkins, los agentes que se hicieron cargo del caso en aquellos momentos atestiguaron que cerca de la occisa solo estaba el señor Coldman. Después de todo, el conductor del automóvil, solo era un desgraciado beodo y adúltero que nada tenía que ver en el caso. Bien pudo ser usted, señor Coldman, quien la asesinara. Un plan perfecto y un reportaje sensacional. Robos, asesinatos, atentados contra su persona, algo fabuloso que podría vender por cientos de miles de ejemplares y adquiriría una fama poco común. Luego, sus posteriores reportajes se venderían como rosquillas. No sería el primer repórter que se ha hecho famoso y millonario falsificando noticias de Prensa, engañando a la opinión pública.

Priscila Perkins tuvo deseos de saltar en defensa de Don, pero este la contuvo con su mano. Miró al teniente Benson, expulsó parsimoniosamente el humo de su cigarrillo y preguntó:

—¿Ha terminado ya?

—Tal vez le parezca que el teniente Benson es un poco duro, pero lo que supone podría ser cierto. Como bien ha dicho, no sería el primer caso. Además, hay algo muy importante que será conveniente que usted vea.

—¿Qué es?

El capitán Wilson pulsó el botón del interfono y llamó:

—Que pase el señor Oneel a mí despacho.

Un agente abrió la puerta, dando paso a un hombre de baja estatura, calvo y con bigote espeso que los miró entre sonriente y preocupado. En sus manos, un sombrero daba vueltas.

—Buenas, buenas noches... ¿Qué desean de mí?

—¿Es usted el propietario del «Ford-Mustang» Empire State, seis, nueve, nueve, uno?

—Sí, sí, es el mío.

—Ese coche se lo han robado, ¿no es cierto? —preguntó Don suficiente.

—¿Robármelo? No, no, imposible. Hace unos instantes que lo he dejado aparcado delante de la comisaría.

—¡No es posible! —brincó Don, poniéndose en pie.

—Sí, sí, es posible. Incluso, quizá pueda verlo desde la ventana del capitán.

Todos se dirigieron hacia la ventana. Don sintió que la cabeza le dolía más. El automóvil que viera robar por la mañana estaba allí abajo, aparcado tranquilamente.

—¿Qué me dice usted a eso, Coldman? He de admitir que no se ha equivocado respecto a la matrícula, efectivamente, pertenece a un «Ford- Mustang», pero no ha sido robado.

—Capitán Wilson, yo también tengo algo que mostrarle. Observe estas fotos.

Oneel, que las miró por encima del hombro del capitán, dijo extrañado:

—Ese es mi coche, no cabe duda.

—¿No ha notado a faltar carburante o que el cuenta-millas haya corrido? —le preguntó Don.

Oneel se encogió de hombros.

—Pues no me he lijado, nunca hago muchas millas durante el día y no voy pendiente del contador, pero el coche de la foto parece

el mío. Al barbudo ese no lo conozco.

—Aquí tenemos al camión fantasma con tres individuos —dijo el capitán Wilson.

—Bien, capitán, el camión ya no es fantasma, existe y usted ve las fotografías, incluso del lugar en donde han sido tomadas.

—Y usted se ha colocado delante de los supuestos ladrones, les ha tomado unas placas y luego les ha dado unos dólares para que se compren cigarrillos por haber posado, ¿no?

—Es muy gracioso, capitán Wilson, pero la fotografía ha sido tomada desde muy lejos con una lente poderosa de un compañero de la Prensa gráfica y tendrá que admitir que esos tres sujetos son los ladrones de automóviles que ustedes buscan. El camión lo han venido utilizando para llevar el automóvil dentro, descargándolo en el lugar que tienen por guarida.

—¿Y cómo supone usted que roban los coches? —preguntó el teniente Cameron irónico.

—El ladrón estudiaba a sus víctimas. Horarios, lugares de estacionamiento. Luego, pasaba tranquilamente por el lado del coche y sacaba un molde de cera de la cerradura. Hacía la llave y luego la entregaba a sus intermediarios para que lo robaran sin problemas. De este modo, continuaba siempre en la sombra y no corría peligro de ser atrapado.

—Una historia muy bonita de novela barata, pero también podría ser que usted hubiera tomado el coche del señor Oneel por unas horas, haciendo todo ese trabajo de fotografía para impresionarnos. Luego, lo ha devuelto para no verse involucrado en un robo de coches.

—Eso habría sido una estupidez por mí parte. —Se encaró con el capitán Wilson y le dijo—: Tres tipos deben ser perseguidos, son peligrosos.

—¿Y he de tomar por evidencia estas fotos? —preguntó mordaz—. No ha habido robo de coche, el señor Oneel lo tiene en su poder y no presenta denuncia. Por otra parte, las fotografías, cintas cinematográficas o magnéticas, no constituyen prueba de evidencia en una corte.

—Lo sé, capitán Wilson; lo sé, pero la denuncia la hago yo personalmente.

—¿Con qué cargos?

—Intento de homicidio en la pasada noche; asalto con alevosía y nocturnidad junto a la carretera, daños en la cara y en el antebrazo izquierdo. La sargento Perkins se encargó de curarme porque pude escapar sano y salvo.

—Es cierto, yo lo hice, puedo atestiguarlo —corroboró Priscila.

—Me temo, señorita Perkins —masculló el teniente Benson—, que se está dejando embaucar por este hombre.

—Capitán Wilson —siguió Don—, tendrá que aceptar mi denuncia contra esos tres hombres. Ustedes los arrestan y con una simple presión en el interrogatorio, soltarán la lengua. Todo este embrollo del que pretenden hacerme responsable quedará diáfano.

—¿Usted cree? —se sorprendió el capitán Howard—. Un embrollo con asesinatos de por medio, es un embrollo muy serio que puede conducir a alguien a la cámara de gas.

—Sí, en especial al cerebro de los robos de coches. Por cierto, ya conozco su identidad.

—¿Cómo? —preguntaron todos al unísono, clavando sus ojos en el impasible Coldman.

—Me ha costado un poco averiguarlo. Por poco me asesina fríamente, pero ya le conozco.

—¿Y quién es? —preguntó el capitán Wilson.

—No voy a revelar su nombre ahora, no tengo las pruebas suficientes y podría escapar. Más, voy a conseguir pronto una prueba de cargo que lo llevará a la cámara de gas. No olvide, capitán, que todo este reportaje en exclusiva es mío, fotografías inclusive y haré que salga el retrato del asesino en primera plana.

—¡Pero condenado del demonio! —masculló Wilson—, ¿no puede darnos una pista para que lo sepamos y poder prevenirnos? ¡Debería exigirle que dejara este asunto en manos de la policía para que lo resolviera!

—Si digo una sola palabra de más, el asesino escapará. Ahora, Priscila, vamos, hay mucho trabajo que hacer.

La cogió por el brazo y abandonaron el despacho. Ya en el exterior, sin que nadie pudiera oírles, ella le preguntó:

—¿De veras sabes quién es el asesino?

—Sospecho que sí, pero me falta una prueba evidencia! y él lo sabe. Ahora, vas a darme todos los datos que te pida y luego actuarás tal como te indique. No digas una sola palabra a nadie, a

menos que yo te lo pida, ¿entendido?

—Sí, Don, lo que tú digas, pero no te expongas. No quiero que la próxima vez ese asesino termine contigo.

CAPÍTULO XI

Jimmy Fuller comenzó a secar las diapositivas en color recién reveladas. Fuera del cuarto oscuro, Don Coldman fumaba impaciente.

—¿Todavía no están? —inquirió.

—Parece que has sacado unas buenas instantáneas —respondió Fuller desde el interior de la estancia.

Al fin, salió protegiendo las diapositivas con dos placas de transparente poliacrílico.

—¿Podremos pasarlas inmediatamente?

—Sí, ahora mismo, el proyector está preparado y la pantalla también. Veremos qué fotos has sacado desde lo alto de ese helicóptero que has rentado. Por cierto, ¿qué esperas encontrar en estas diapositivas? Parecen plantaciones de naranjas.

—Confío hallar algo importante, Fuller, de lo contrario no te habría pedido tu máquina con la lente de aumento ni me hubiera gastado unos cuantos dólares para rentar el helicóptero.

Don se cuidó de apagar la luz central del estudio. Fuller colocó las diapositivas en el proyector.

—Adelante con la primera.

La pantalla se iluminó con los colores de la diapositiva.

—Yo no veo nada de particular en esa imagen.

—Yo tampoco —admitió Don—. Tengo una idea de lo que he buscado, pero ignoro si lo he conseguido. Con el helicóptero iba demasiado rápido y por otra parte no podía llamar la atención.

—Bien, pasemos a otra. —Se verificó el cambio en la pantalla y Fuller observó—: Esta la has tirado con más aumento o el helicóptero volaba más bajo.

—Ha sido con más aumento y creo que ya hemos dado con lo que busco.

—Yo no veo el qué.

—Fíjate entre los naranjos.

—Todo parece verde aquí.

—Eso es lo que no resulta lógico. Tendría que verse la tierra entre los naranjos.

—A veces, se entrecruzan los ramajes.

—Sí, en estos árboles también sucede, pero parece que bajo sus copas hay algo más verde. ¿Puedes ampliar la imagen?

—Algo sí.

Don se puso en pie, adelantando hacia la pantalla.

—Fíjate, Fuller. El color verde que hay entre los naranjos es demasiado liso, no corresponde a hojas.

—Sí, es cierto.

—Ya lo tengo y por las medidas, no cabe duda de que es lo que busco. Mejor lugar para esconderlos no se les hubiera podido ocurrir.

—Pero, ¿qué es eso que está escondido bajo la capa verde?

—Coches, coches robados y precisamente esa plantación está junto a una bahía con embarcadero, lo que me ha hecho sospechar. Es un buen lugar para hacer desaparecer por vía marítima un cargamento importante. Vamos, Fuller, creo que esto va estupendo. Pasa las otras diapositivas, veremos qué más saco en claro.

De la profusión de instantáneas que había tirado desde el helicóptero, algunas no le sirvieron pero otras, como la que estaba viendo en aquellos momentos, le permitieron observar:

—El naranjal está cercado por tela metálica y es bastante alta.

—Y eso negro que se ve allí como mirando al helicóptero debe ser un animal.

—Un perro, un perro negro, seguramente un mastín que atraído por el ruido del helicóptero se lo ha quedado mirando. Ahora ya sé con qué enemigos me voy a tropezar.

—No me digas que piensas entrar en esa plantación...

—Sí, a primeras horas de esta noche.

—Pues si son ladrones de coches quienes manejan esos perros, te aconsejo que vayas armado.

—Por supuesto. Pasaré por una armería, pero primero tengo que telefonear a mí chica.

—Ignoraba que tuvieras chica, Don.

—Sí, es una sargento de la policía.

—¡Diablos! Yo, en tu caso, me suicidaría de otra forma.

—Cierra la boca, Fuller y sigue proyectando diapositivas. Quiero

ver exactamente cómo es la casa del naranjal y por dónde puedo acercarme a ella.

Desde el propio estudio de Fuller, Don llamó a Priscila Perkins y le dio instrucciones sobre el plan que se había trazado.

—Adiós, Fuller, deséame suerte.

—Creo que vas a necesitarla. Si fuera yo, no me metería en líos.

Coldman abandonó el estudio. Buscó una armería y se aprovisionó de una carabina de repetición. Aquella vez no le pillarían desprevenido.

En el «Ford» y llevando consigo el transmisor que le proporcionara Priscila y que pertenecía a la Metropolitana, se dirigió a la plantación de naranjos que había fotografiado desde el aire.

Según las estadísticas de la policía, los coches robados de aquella marca y con matrículas recientes, no habían salido de nuevo al mercado. Por tanto, era fácil deducir que se hallaban almacenados en algún lugar.

Las sospechas de Don Coldman sobre aquella plantación habían nacido estudiando una documentación de la zona que le había proporcionado Priscila. Había un nombre coincidente entre los propietarios de las plantaciones y su sospechoso. Por ello, se había arriesgado averiguando desde el aire y había tenido suerte.

No tomó el polvoriento camino principal, si no otro más angosto que corría a lo largo del seco arroyo que cruzaba el pequeño valle. El agua de dicho arroyo era aprovechada en su totalidad para el riego de las plantaciones del valle, por ello ni una sola gota de su escaso caudal llegaba al mar.

Detuvo el «Ford» y observó la alta y espinosa cerca.

Se han protegido bien, pensó.

A su alrededor, la noche comenzaba a envolverlo todo.

Cargó la carabina y guardándose el pequeño emisor-receptor, subió a lo alto del coche. Desde allí, le fue fácil saltar la cerca de espinos sin herirse.

Pronto tuvo un recepcionista.

Una mole negra saltó sobre él con las fauces abiertas. Por lo visto, el animal le había seguido a lo largo de la cerca y ahora se disponía a despedazarlo.

Don se arrojó al suelo y el mastín pasó por encima de él. Luego,

se revolvió. Cuando iba a atacar de nuevo, Don le propinó tal culatazo en el cráneo que se lo fracturó. El perro se desplomó sin vida.

—Parece que he pasado la primera prueba. Mientras no haya muchos más como este por aquí cerca...

Siguió caminando y no tardó en descubrir bajo los naranjos un automóvil cubierto con un plástico verde.

—Lo que suponía. En esta plantación están las pruebas que esperaba.

Don preparó el emisor y a través de él llamó a Priscila.

—Don, apenas te oigo. Habla más fuerte.

—Priscila, pon el plan en marcha y dale recuerdos al capitán Wilson de mí parte. Ah, y que venga inmediatamente para acá con todos sus elementos tal como te he especificado con anterioridad. Cambio.

—Todo es como tú has dicho, Don. El teniente Benson se ha marchado y no está en la comisaría, cambio.

—Perfecto, sospechaba de él. Siempre cerca de donde ocurría un crimen, siempre sabiendo lo que iba a ocurrir... Bueno, todo han sido deducciones que me han conducido al lugar donde estoy ahora. Cariño, voy a dejar el emisor abierto para que tengas noticias de mí. Yo voy a dirigirme a la casa, quiero toparme cara a cara con el hipócrita de Benson.

Dejando abierto el emisor, Don Coldman avanzó entre los naranjos y cientos de coches allí camuflados.

De nuevo escuchó fuertes ladridos cerca de él. Otra de las bestias que custodiaban la hacienda le había descubierto.

Esta vez, el mastín saltó sobre él arrancándole un pedazo de chaqueta. Se llevó con él el emisor, dejándolo incomunicado.

No sin riesgo de su vida, Coldman consiguió matar al feroz can sin utilizar la pólvora.

Aparte de los perros estaba seguro de que había vigilantes armados, por tanto debía extremar su cautela.

Frente a la casa descubrió tres coches aparcados y a cinco hombres. Uno de ellos tenía en la mano, conectado a la red del fluido eléctrico de la casa, un potente foco, con el que hacía señales en dirección al océano.

—¡Quietos todos, se terminó el trabajo!

Los cinco hombres miraron hacia el inesperado e inoportuno repórter de los cabellos cobrizos.

Al ver que tenía un rifle en la mano con el que les encañonaba, se detuvieron.

—¿Qué hace usted aquí? —inquirió uno de ellos, oculto en las sombras—. Esta plantación es lugar privado.

—Nos vemos de nuevo, teniente Benson. ¿Acaso pensaba que fanfarroneaba en el despacho del capitán Wilson cuando he dicho que sabía quién era el asesino?

—¡Maldito entrometido, vas a pagarlo caro! ¡No te saldrás con la tuya!

—No diga tonterías, teniente Benson, si es que aún puedo llamarle con este tratamiento, porque usted no es más que un asesino que ha aprovechado su cargo para facilitarse las cosas, para ocultar sus crímenes y poder robar mejor y con más garantías. Ahora, si es listo, se dará cuenta de que ha perdido la partida.

—¿Qué piensas hacer, Coldman?

—Aguantarlo aquí hasta que venga el capitán Wilson con sus hombres y se haga cargo de todo. No me creían, pero ahora verán que no hablaba en vano. A costa de sus costillas, voy a hacer el reportaje más impresionante de mí vida.

—Nadie vendrá aquí, Coldman.

—No sé por qué será, pero cuando hablo en serio nunca me creen. Peor para usted, Benson. Este negocio se terminó. No va a ser embarcado ningún coche, porque eso es lo que pensaba hacer, ¿verdad? Enviaba señales a algún barco.

—¡Tus suposiciones me han fastidiado ya demasiado! —masculló Benson.

Don no había podido ver que uno de los secuaces de Benson tenía sujeto uno de los mastines por la cabeza y que por estar cerca de unos cascabeles, permanecía quieto, callado.

Más, la cadena fue soltada y el mastín se lanzó contra Don como una exhalación, situado demasiado lejos para que el animal creyera que estaba protegido por quienes llevaban cascabeles.

Coldman tuvo que disparar a bocajarro y el animal rodó por el suelo. De súbito, una potente luz cegó sus ojos.

El tipo del foco, aprovechando la situación, había proyectado la luz sobre él, pero Don reaccionó y disparó a ciegas. El delincuente

rodó por el suelo, alcanzado mortalmente.

—¡Matadlo! —chilló Benson, sacando su pistola y disparando contra Don.

Coldman se arrojó al suelo y efectuó dos disparos. Uno de ellos tumbó al tipo que mascaba el chicle eternamente y el segundo perforó el depósito de combustible de uno de los autos.

Don saltó hacia un lado de la casa. Rápidamente, se puso un cigarrillo entre los labios y le prendió fuego, arrojándolo contra el coche averiado que se incendió violentamente.

Benson trató de huir en uno de los coches cuando se escuchaban cada vez más cerca el ruido de los helicópteros y el ulular de las sirenas policiales por la autopista. Incluso, una lancha rápida surcaba el océano en dirección a la bahía.

Un certero proyectil disparado por Don reventó una de las ruedas del auto de Benson y este efectuó un brusco viraje, dirigiéndose contra el coche incendiado.

Benson saltó a tiempo y corrió hacia la plantación, mientras los dos coches ardían. Luego, una fuerte explosión elevó las llamas al cielo.

Don fue sorprendido por la espalda por uno de los asesinos.

—¡Tira la carabina, rápido!

Don iba a obedecer cuando se escuchó un grito infrahumano. Aquel tipo se volvió y Don le disparó en la fracción de segundo que tenía para salvar su vida.

Sólo quedó uno de aquellos asesinos con vida, que se entregó con las manos en alto.

—¡No me mate, yo no he asesinado a nadie! —gritó el sujeto de los anillos en su puño.

—Hay más perros, ¿verdad?

—Sí.

—Esos cascabeles que llevan en los pies deben ser para controlarlos, ¿no?

—Sí.

—¿Y el teniente Benson no los llevaba?

—No, él iba con nosotros.

—Ahora comprendo el rugido. Creo que se ha llevado un duro castigo por sus crímenes.

Tres helicópteros cargados de agentes aterrizaron a prudente

distancia de los coches incendiados. El capitán Wilson y Priscila Perkins iban en uno de ellos.

—¡Capitán Wilson, aquí tiene a uno de los de la fotografía! —exclamó Don, llevando a su prisionero con las manos en alto.

—¡Diablos, tenía razón! Y yo que dudé de su cordura…

—Ya ve que no. Este hombre se lo contará todo, ¿verdad, amigo? —Lo empujó con el cañón del rifle.

—Sí, sí, pero era el teniente Benson quien asesinaba. Nosotros, solo traíamos los coches al naranjal.

—Por todos los diablos, nunca hubiera creído esto del teniente Benson —masculló el capitán Wilson—. ¿Dónde está ahora?

—Entre los árboles, seguramente, pero me temo que uno de sus perros ha terminado con él. Ah, diga a sus agentes que vayan con cuidado. Esos mastines son fieras peligrosas, que tiren a matar y que se pongan cascabeles en los pies como este tipo para amansarlos. Por cierto, los coches robados están todos, según creo, debajo de los naranjos. Van a dar muchas alegrías a las compañías de seguros.

—Y a usted, Coldman, pueden darle una buena prima de recompensa por lo que ha hecho, arriesgando su vida.

—Estoy contento porque saldrá un buen reportaje y con el dinero que me paguen podré…

—¿Qué? —preguntó Priscila anhelante.

—Me casaré con la sargento Perkins, si es que ella me acepta, claro.

Wilson se apresuró a protestar:

—¡Ah, no, eso sí que no! ¡Usted no se lleva a nuestra mejor agente!

—Lo siento, pero yo no voy a permitir que mi esposa vaya persiguiendo forajidos por ahí. Ah, capitán, luego ya le contaré algo referente a un tal Oldshoo y a los narcóticos que esconde bajo la arena.

—Don, amor —ronroneó Priscila—. Mientras veníamos en el helicóptero, el capitán me ha dicho que un hombre de tu sagacidad y condiciones es lo que le gustaría tener en la plantilla de la policía junto a él. Puesto que no deseas que yo continúe siendo policía, tú podrías…

—Comprendo. Después de todo, la vida de periodista no es tan divertida y aquí hay mejor clima que en Nueva York.

Ella lo besó en los labios. Cuando la caricia terminó, él preguntó:

—Capitán Wilson, ¿cuántos días tardaría en ser teniente de la policía?

—¿Días? Años, dirá...

—Días, o no hay trato.

—¡Eh, eh, espere...! ¿Está loco?

Más, ni Don ni Priscila le escuchaban. Ya estaban unidos en una ferviente y larga caricia.

A lo lejos, un navío se perdía en la noche, poniendo proa hacia el inmenso océano. La señal no había sido dada por completo y las llamaradas eran un signo evidente de que el embarque no podía realizarse.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS. Impreso en España